

Generación del cambio: los jóvenes y la cultura



estado de la población mundial 2008

suplemento jóvenes

Equipo editorial

Estado de la Población Mundial 2008 Suplemento Jóvenes

Martín Caparrós (historias de vida), Dra. Laura Laski y Saskia Schellekens, con la colaboración de Malak Khatib-Maleh

Edición:
Alex Marshall

Asistencia de investigación:
Malak Khatib-Maleh

Asistencia administrativa:
Malak Khatib-Maleh

Agradecimientos

Nuestra sincera gratitud a los numerosos colegas de las oficinas del UNFPA en los países y la sede, así como a los copartícipes por los aportes provistos y la información compartida, con particular mención de las oficinas del UNFPA y sus copartícipes en Colombia, Etiopía, Mongolia, Mozambique, Territorios Palestinos Ocupados y Vietnam y a la Agencia Española de Cooperación Internacional, que colaboraron facilitando las entrevistas con las mujeres y hombres jóvenes retratados en esta publicación.

Nuestro especial agradecimiento a la Sra. Thoraya Ahmed Obaid, Directora Ejecutiva del UNFPA, por inspirarnos y guiarnos en el tema de este informe, y a Azza Karam, Sherin Saadallah, Mona Kaidbey, Ziad Mikati, Prateek Awasthi, Sylvia Wong y Christian Fuersich, así como a los miembros del Panel Asesor sobre la Juventud Mundial por sus aportes y su apoyo, a Teo por su asistencia en la investigación y en particular a Grita, Daniel, Tseyay, Jiigee, Kim, Seif y Leire por compartir con nosotros las historias de sus vidas.

CONTENIDO

PREFACIO IV

INTRODUCCIÓN V



Grita

FUTBOLISTA
MOZAMBIQUEÑA:
JUGAR FUERTE POR
LA VIDA

1



Daniel

ORGANIZADOR
COMUNITARIO
COLOMBIANO:
UN ESPACIO
SEGURO EN UNA
INSTITUCIÓN
RELIGIOSA

7

Generación del cambio: los jóvenes y la cultura



Tsehay

TRABAJADORA
DOMÉSTICA
ETÍOPE:
HUIR DEL
MATRIMONIO
INFANTIL

13



Jiigee

PASTOR MONGOL:
UN CELULAR Y LA
FIEBRE DEL ORO
EN LA ESTEPA,
ENTRE LA CULTURA
LOCAL Y LA
GLOBALIZACIÓN.

19



Kim

CANTANTE
VIETNAMITA:
EL HIP-HOP LLEGA
A VIETNAM

25



Seif

CONSTRUCTOR
DE PAZ PALESTINO:
UN CHICO NORMAL
SIN UN PAÍS

31



Leire

FUNCIONARIA
DEL GOBIERNO
ESPAÑOL:
ESTRELLA EN
ASCENSO EN UN
NUEVO HORIZONTE

37

CONCLUSIÓN 42

NOTAS 43

Esta es la tercera edición del *Suplemento Jóvenes del Informe sobre el Estado de la Población Mundial del UNFPA*. El informe 2008 se centra en las interacciones entre cultura, género y derechos humanos, y la importancia fundamental que los enfoques con sensibilidad cultural tienen para la formulación de políticas y programas de desarrollo eficaces. El *Suplemento Jóvenes* aborda la cultura en tanto ésta da forma y nutre la vida de los jóvenes y muestra cómo ellos desarrollan sus propias subculturas, que a menudo se diferencian de la cultura dominante y pueden entrar en conflicto con ella. El *Suplemento* señala el valor que tiene para los jóvenes la protección de la cultura en que han crecido, pero defiende su derecho a adoptarla de maneras propias. La experiencia cultural juvenil se compone de capas como la cebolla, y cada capa revela aspectos diferentes. Cuando los jóvenes se transforman en adultos y salen de la órbita de sus padres, pueden convertirse en agentes de cambio positivo: poseen el dinamismo y la flexibilidad, pero también la perseverancia, que se requieren para lograr el cambio desde adentro. Los programas de desarrollo deberían ayudarlos a aprovechar al

máximo sus oportunidades. A través de las historias de algunos de ellos, el *Suplemento* muestra cómo los jóvenes influyen en el cambio en sus culturas, luchando por los derechos humanos, la equidad de género y el desarrollo.

El *Suplemento* describe las vidas de mujeres y hombres jóvenes de siete países que promueven la sensibilidad de género en instituciones religiosas (Colombia); se oponen a prácticas tradicionales perjudiciales, como el matrimonio infantil (Etiopía); adaptan la música moderna internacional a sus sociedades y la utilizan para reclamar comportamientos saludables (Vietnam); desafían los estereotipos de género en los deportes (Mozambique); promueven la paz en lugar de la violencia política y armada (Territorio Palestino Ocupado); utilizan las tecnologías de la información y la comunicación para impulsar el desarrollo (Mongolia) y alientan la participación juvenil en el gobierno, incluso asumiendo altos cargos (España).

El *Informe sobre el Estado de la Población Mundial 2008* afirma que incorporar la cultura en la elaboración de políticas y programas de desarrollo es crucial, especialmente en

áreas delicadas como la salud sexual y reproductiva. El *Informe* señala que abordar los derechos humanos desde una perspectiva cultural ayuda a que todos los niveles de la sociedad, todas las comunidades y los grupos se apropien de los principios de derechos humanos y los hagan parte de su sistema de valores.

Los derechos humanos pertenecen a todas las personas de todos los países, pero sólo se volverán universales en la práctica cuando los individuos y las comunidades encuentren modos de articularlos con sus propias culturas. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio y las metas de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo surgieron de la experiencia local y personal. Se habrán alcanzado plenamente cuando su base de derechos humanos esté bien integrada en el ámbito local y cuando el cambio surja de las mismas comunidades. El *Suplemento Jóvenes del Informe sobre el Estado de la Población Mundial* ilustra de qué manera puede funcionar ese proceso para los jóvenes de hoy.

Sobre la cultura: El *Informe sobre el Estado de la Población Mundial 2008: Ámbitos de Convergencia: Cultura, Género y Derechos Humanos* define “cultura” como “modelos heredados de significados compartidos e interpretaciones comunes”. La cultura influye en el modo en que la gente maneja su vida y la provee de una perspectiva para interpretar su sociedad.

Las culturas no son homogéneas ni estáticas. En cada cultura existen grupos de personas con conjuntos distintivos de comportamientos y creencias que los diferencian de la cultura mayor. Una subcultura puede definirse por la edad de sus miembros; por raza, etnicidad, clase o género; por creencias políticas o religiosas, o por profesión. Los individuos y los grupos de una cultura también cuestionan y cambian los valores o las prácticas culturales que causan perjuicio o infringen los derechos humanos. La cultura es una construcción dinámica hecha por la gente: es la gente la que puede lograr el cambio que permite la articulación y la realización de los valores y prácticas comunitarios en conformidad con los derechos humanos individuales.

Las culturas son dinámicas, no se detienen. Los factores globales, regionales y nacionales impactan en las economías, las sociedades y los ambientes. Las culturas reaccionan aceptando o rechazando los nuevos modos de pensar y hacer —o, si es posible, encontrando un camino intermedio— y ajustando los valores y comportamientos para poder manejarlos.

La generación joven y el cambio cultural:

Al atravesar la adolescencia, los jóvenes desarrollan su identidad y se transforman en individuos autónomos. Al mismo tiempo, adquieren responsabilidades y se vuelven parte de su sociedad.

Los jóvenes no comparten las experiencias y los recuerdos de sus mayores. Desarrollan sus propias formas de percibir, apreciar, clasificar y distinguir problemas, así como los códigos, símbolos y lenguaje con que expresarlos.

Las respuestas de los jóvenes frente al mundo cambiante, junto con sus particulares modos de explicar y comunicar su experiencia, pueden contribuir a transformar sus culturas y preparar a sus sociedades para enfrentar los nuevos desafíos.

Muchos factores influyen en el cambio cultural: las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; los niveles de salud, educación, nutrición y empleo; el progreso económico o el estancamiento; la estabilidad política o la violencia; la mayor o menor pobreza. Los jóvenes viven el cambio cultural más intensamente que sus mayores, y su influencia es más visible en la cultura que en la economía o la política¹. Su dinamismo puede cambiar algunos de los aspectos arcaicos o perjudiciales de sus culturas que las generaciones mayores consideran inmutables.

Los jóvenes son tan diversos como sus sociedades. Distintos antecedentes sociales, económicos, residenciales, maritales, étnicos y religiosos pueden darle a cada hombre y a cada mujer su propio *ethos* cultural. La clave del éxito para hacer posible que los jóvenes promuevan el cambio es aceptar su marco cultural y trabajar en colaboración con ellos.

Esto es particularmente importante en el caso de grupos marginados, como las niñas y adolescentes en sociedades donde perduran tradiciones perjudiciales. Los enfoques de promoción de los derechos humanos con sensibilidad cultural pueden poner fin a prácticas

INTRODUCCIÓN

como el matrimonio infantil y la mutilación genital femenina. Pueden erradicar los obstáculos contra la información y los servicios adecuados para cada edad en relación con la salud sexual y reproductiva, y ayudar a poner fin a la violencia y la discriminación.

El cambiante contexto cultural: Hoy existen más de 1.500 millones de personas de entre 10 y 24 años, la generación más numerosa de la historia humana. Aproximadamente el 70 por ciento de ellas vive en países en desarrollo, el 60 por ciento solamente en Asia². Ingresan en la edad adulta en un tiempo de transformaciones en la economía, la educación, la comunicación, la demografía, el ambiente, las tecnologías y la cultura.

El sello de esta generación es la globalización, con su libre flujo de mercados, capital y productos, la mayor facilidad para viajar, las conexiones instantáneas y la rápida urbanización: más de la mitad de la población mundial vive en ciudades y pueblos. El resultado es la integración económica y cultural en una escala nunca antes vista, con un impacto tremendo en todos los aspectos de la vida. También ha modelado a esta generación de

jóvenes una tendencia hacia la democracia y el ascenso de la sociedad civil, que les da una oportunidad mucho mayor de participar en la toma de decisiones local y nacional.

Es probable que los jóvenes, en especial las mujeres, sean más saludables y estén más educados que las generaciones previas; salvo por el hecho de que han sido afectados de manera desproporcionada por la pandemia de VIH/SIDA, especialmente las adolescentes y las mujeres jóvenes³. La globalización está produciendo una cultura juvenil global. En países desarrollados y países en desarrollo por igual, los paisajes urbanos presentan muchos de los mismos centros comerciales, cadenas de comida rápida, tiendas de ropa, discotecas y *reality shows* de televisión. Los medios masivos de comunicación modelan los gustos y las modas juveniles. Así, por ejemplo, Music Television International (MTV), presente en la mayoría de los países del mundo, no sólo transmite música sino aspiraciones, códigos, valores, comportamientos y gustos. Los “cibercafés” o “cafés Internet” se han transformado en sitios de encuentro, en especial para los varones jóvenes. En los centros urbanos es posible encontrar teléfonos celulares por

todas partes, y también, como servicio comunitario, en las aldeas y comunidades pobres.

Las áreas rurales tienen menor acceso a la cultura juvenil global: si bien los celulares e Internet se están extendiendo, la información, las ideas y la cultura popular aún viajan mayormente a través de la radio y si acaso la TV.

La globalización y la cultura global han hecho a todos conscientes de las posibilidades del consumo, inclusive a aquellos menos capaces de satisfacerlo; por ejemplo, sólo el 1 por ciento de los jóvenes de Etiopía tienen acceso a Internet, comparado con el 50 por ciento en China. La sensación de exclusión y frustración que esto genera puede transformarse en crimen, violencia y disturbios. Los jóvenes sueñan con una vida que parece inalcanzable en medio de la pobreza, la guerra o la violencia política.

Las interacciones entre códigos y valores tradicionales y globales: Los jóvenes están absorbiendo nuevas ideas, valores, creencias y códigos a través del mundo interconectado, los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de la información;

pero a la vez están creciendo con los valores culturales tradicionales de sus propias sociedades. Esta mezcla de culturas locales y globalizadas puede asemejarse a una colisión, con sus tensiones y desafíos.

El contacto con nueva información tiene aspectos positivos y negativos. Así, por ejemplo, al tener muy poca oportunidad de obtener información sobre salud sexual y reproductiva a través de sus familias o en la escuela, los jóvenes la consiguen en Internet, y a menudo de sus pares. Si bien esto es mejor que carecer de toda información, puede llevarlos a creer en rumores, mitos o “leyendas urbanas”. Algunas personas sienten que la información no filtrada que se adquiere en Internet lleva a conflictos con los valores tradicionales.

La tensión entre los valores locales y los globalizados es más clara en relación con la salud sexual y reproductiva que en muchas otras cuestiones sociales. Pero a pesar de la uniformidad impulsada por los medios de comunicación globales, existen aún amplias diferencias entre regiones y países en los modelos de matrimonio, sexualidad y reproducción⁴. Los valores locales son aún hoy los que determinan las actitudes y las prácticas.

Programas para una Generación del

Cambio: Los programas que promueven los derechos humanos de los jóvenes necesitan una perspectiva cultural para asegurar su eficacia. Deberían alentar a los jóvenes a considerar su conducta a la luz de sus propias culturas. Deberían ocuparse de cuestiones tales como la salud sexual y reproductiva y los derechos reproductivos de los jóvenes como parte de un diálogo continuo con las generaciones mayores y las instituciones culturales vigentes, con el claro objetivo de promover los derechos humanos y sin tolerar prácticas perjudiciales y opresivas.

Los programas que trabajan con jóvenes pueden contribuir a encontrar un equilibrio entre los dos mundos culturales y a suprimir obstáculos para la salud y el bienestar de los jóvenes. Cuando se da la oportunidad, los jóvenes pueden ser muy eficaces como constructores de paz, como participantes de la sociedad civil, como portadores de nuevas ideas y mediadores entre la tradición y el cambio cultural.



Grita

FUTBOLISTA MOZAMBIQUEÑA:
JUGAR FUERTE POR LA VIDA

Era tan difícil separarla de su hermano mellizo. Grita y Elias siempre habían estado juntos, jugado juntos, peleado juntos: cuando su hermano empezó a jugar al fútbol, Grita lo siguió, corriendo descalza por las calles de tierra detrás de la pelota. Los chicos de su barrio —Alto Mãe, en Maputo, la capital de Mozambique— a veces se burlaban de ella: “Uy, otra vez el varoncito vino a jugar, vete a cocinar, varoncito”. Pero, a fin de cuentas, no tenían más remedio que dejarla: los hermanos de Grita eran los dueños de la pelota.

El dueño de la pelota siempre juega. Aunque juegue muy mal, juega. Así son las cosas, y yo me aprovechaba.

Grita jugaba bien, tenía habilidad y mucho empuje. Le gustaba el fútbol, pero también le gustaban las muñecas. En la escuela, en cambio, no le iba tan bien, y sus padres se lo reprochaban. Grita nació en Maputo en 1987, la cuarta de los cinco hijos de un matrimonio del norte del país. No les resultó fácil, pero pudie-

ron criarlos en medio de una guerra civil. Todos los días, su madre salía a vender “ropa de fardos”: en muchos países africanos hay personas que compran fardos de cincuenta o cien kilos de ropa usada de los países ricos, la ordenan, la acomodan y la venden por unidad en los mercados. Su madre vendía mucha ropa hasta que se enfermó y tuvo que dejarlo; su padre, mientras tanto, mantenía su trabajo en el Ministerio de Agricultura:

A mi padre hasta los vecinos lo llaman Machel...

Samora Machel fue el primer jefe del FRELIMO, el movimiento guerrillero que expulsó a los portugueses de Mozambique: un señor con fama de inflexible.

... porque es un hombre serio, muy exigente. Pero si él no fuera así vaya a saber dónde estaría yo ahora.

¿Por qué?

Porque mi barrio es muy duro, mucha mala vida.

Grita tardó en descubrirlo: cuando era una nena, dice, jugaba, iba a la escuela, todo parecía tranquilo. Pero al entrar en la adolescencia se dio cuenta de que, para ella y sus amigos, había muchas cosas que desear y muy pocas posibilidades de alcanzarlas:

Los hombres quieren dinero para invitar a salir a sus chicas, ven un auto que les gusta, un teléfono, y no tienen, entonces algunos salen a robar. Y nosotras vemos unos zapatos, unas extensiones para el pelo, un vestido, los ves y no los puedes comprar, entonces muchas chicas prefieren vender su cuerpo para conseguirlos. En mi barrio eso es muy común.

¿Alguna te lo propuso alguna vez?

Las mujeres nunca les dicen a otras mujeres “vamos a prostituirnos”. La mujer nunca

habla de esas cosas. La mujer hace cosas para que la veas y, si no tienes fuerza de voluntad, vas a seguir su camino. Son los hombres los que van y les dicen a otros hombres que se junten con ellos para robar, para lo que sea.

¿Y alguna vez te asaltó esa tentación?

La tentación es algo que todos sufrimos. Pero no, no.

“[Practico un deporte] porque quiero, porque me gusta. Pero también para mostrar que nosotras podemos hacer lo mismo que ellos, que somos como ellos. Pero para eso las mujeres tendríamos que tener mejores condiciones.”

¿Cómo la controlaste?

A mí siempre me hablaron mucho de reglas, de conducta. Mis padres en mi casa, el pastor de la Iglesia... Y en mi equipo de fútbol, el entrenador fue un educador, como un padre, y también nos decía que nos cuidáramos, que no nos dejáramos tentar por la mala vida. Y yo siempre le hice caso.

Cuando Grita tenía once años, un joven entrenador llamado Wali la vio jugando en su

escuela y la invitó a unirse a sus jugadoras. Las Rock7 –que en portugués se lee “roxettes”– eran el mejor equipo de fútbol femenino de la ciudad, y Grita se entusiasmó. Sus compañeras tenían diez años más que ella, pero la aceptaron con cariño: era la bebé de las Rock7.

Su padre, en cambio, se oponía: decía que una chica no debía hacer esas cosas. Pero su madre pensaba que si se entusiasmaba con el fútbol, Grita no iba a dejarse tentar por otras cosas peores, y la apoyó desde el principio y consiguió que el padre autorizara. Tres veces por semana, el entrenador la pasaba a buscar por su casa y caminaban cinco kilómetros hasta el campo de prácticas. Y el domingo era el día del partido: el mejor momento de toda la semana. Entonces Grita se ponía la camiseta verde y blanca con el dibujo de la campaña por el uso de preservativos: las Rock7 tienen, desde hace años, el apoyo de la Associação Moçambicana para Desenvolvimento da Família y de la Coalizão Nacional de Organizações de Mulheres para difundir información sobre HIV/SIDA, salud sexual y reproductiva y cuestiones de género. Muchas veces, en los intervalos de los partidos, las jugadoras se sientan a charlar con las contrarias o con el público sobre esos asuntos. Y también lo hacen en otros lugares: escuelas, casas, plazas.

Nosotras no sólo somos jugadoras de fútbol; también somos activistas. Al principio no nos tomaban muy en serio con esas cosas, pero ahora no tienen más remedio, porque les mostramos que lo que hacemos lo hacemos bien, entonces tienen que escucharnos.

En 1999, el año en que empezó, Grita ganó su primer campeonato, y aquel partido final –un 1 a 0– sigue siendo todavía, después de tantos triunfos, el que más recuerda: hasta entonces tenía miedo de entrar en la cancha, de equivocarse; a partir de ese día supo que servía y que quería dedicarse en serio al fútbol.

¿Por qué quisiste practicar un deporte dominado por los hombres?

Primero porque quiero, porque me gusta. Pero también para mostrar que nosotras podemos hacer lo mismo que ellos, que somos como ellos. Pero para eso las mujeres tendríamos que tener mejores condiciones. Acá muchas veces la FIFA manda dinero para el fútbol femenino, pero la Liga de Mozambique lo usa para los hombres.

Ahora Grita es la capitana de su equipo, y puede jugar en varias posiciones: de defensora, de mediocampista, de atacante central. A veces su entrenador la cambia, en medio del

partido, de un puesto a otro, para complicar a las contrarias. Grita no es alta pero sí muy atlética, tiene buen control de la pelota, le pega con las dos piernas, corre rápido.

Les mostramos a todos que las mujeres también podemos jugar, igual que los hombres.

¿Existe una forma femenina de jugar al fútbol?

No, es lo mismo. Cuando nosotras jugamos la gente cree que los que juegan son hombres. Pero se equivocan los que creen que porque jugamos al fútbol somos menos mujeres, homosexuales, marimachos. Nosotras somos mujeres, tenemos cuerpos de mujeres, tenemos caderas, senos, somos bien mujeres.

En las Rock7 hay mujeres entre los quince y los veintiocho años; algunas son estudiantes secundarias, otras son madres de familia.

¿Y les pegas a las contrarias?

Sí es necesario... Pero también hay que saber cómo pegar, sin que te vean, sin hacer falta. Son cosas del juego. Pegar también es parte de la vida. Y cuando se trata de pegar, no hay que pegar un poquito. Tiene que ser en serio.



Es domingo a la tarde, y las Rock7 juegan un fútbol muy ordenado, con un par de ideas claras, sobre un campo pura piedra en un barrio pobre de Maputo. Se ve la mano del entrenador, que, además, no deja de darles indicaciones desde el costado de la cancha. En la tribuna hay cien, doscientas personas –mayoría de muchachos– que charlan, gritan, bailan.

¿No te molesta que tu equipo de mujeres sea dirigido por un hombre?

Es así, dicen que el hombre tiene más capacidad para educar a la mujer. Muchas veces las mujeres se desvían del camino

por culpa de los hombres. Bueno, estos son hombres y nos explican las cosas buenas de la vida.

¿Y no crees que tendría que haber mujeres entre los dirigentes?

Sí, creo, pero la mujer hoy en día no es considerada. Nadie considera que las mujeres sean capaces de hacer algo, no confían en ellas. En el equipo tenemos una broma, que siempre la decimos: “La mujer no piensa, la mujer se acuerda”. Pero nosotras mostramos que tenemos capacidad, sólo que no nos consideran.

En 2004, Grita entró en la selección de fútbol de su país, y ahora es una de sus estrellas. Allí compartió equipo con María Mutola, la gran atleta mozambiqueña, campeona olímpica de los 800 metros, que después dejó el fútbol para dedicarse con todo al atletismo. Al principio, esos partidos internacionales eran una responsabilidad importante:

Me sentía como que cargaba con mi bandera, con todo mi país, me emocionaba oír el himno nacional. Pero ahora se volvió jugar por jugar, porque ni los propios dirigentes se lo toman en serio. Antes ellos te prometían un dinero, cien dólares, y te los daban. Ahora te prometen cien y te dan



sesenta, y si les preguntas qué pasó te tratan de indisciplinada. Es triste. Si no te los dan es que se fueron al bolsillo de alguien, y yo no quiero jugar para que ellos se queden con la plata. Ellos tienen miedo de los hombres, pero creen que la mujer va a ser pasiva y no va a decir nada... Ya se están dando cuenta de que se equivocaron.

Gracias a la selección, Grita conoció lugares que nunca habría imaginado: Zambia, Argelia, Francia. Pero sigue sin tener un sueldo, un ingreso fijo. Todavía vive en casa de su padre, y su novio le invita las salidas. Grita lleva cinco años de novia con un estudiante de la Academia Policial y dice que se

quiere casar con él –“me lo mandó Dios, es perfecto para mí”– pero no todavía:

Todavía tengo muchas cosas que hacer. Quiero estudiar medicina, armar mi vida. Yo no quiero correr a casarme sin terminar mis estudios.

El año próximo, Grita va a tratar de entrar en la facultad de Medicina, y está convencida de que puede conseguirlo. Por ahora, lo más importante de su vida sigue siendo el fútbol: este partido que ahora se termina. Su equipo ganó por muchos goles, ella hizo seis o siete, y cae la tarde de domingo sobre Maputo con explosión de colores en el horizonte. Las chicas se cambian en las gradas, vuelven a sus ropas de mujer, a sus pinturas. Wali, el entrenador, y su ayudante les reparten un sándwich y quince meticais –unos 60 centavos de dólar americano– para pagar el autobús hasta sus casas. Grita parece cansada y feliz.

Esto está muy bien, y yo no quiero dejarlo, pero lo que más me importa es estudiar. Yo tengo que hacer algo con mi vida. Yo quiero casarme, sí, claro que quiero, pero si un día mi marido me deja no quiero quedarme sin nada, por eso no me puedo casar antes de estudiar. Yo quiero tener algo mío, tener mi propia vida.

UTILIZAR EL DEPORTE PARA DESAFIAR ESTEREOTIPOS

El deporte forma parte de la vida de los jóvenes; sin embargo, aún hoy muchas culturas impiden que las niñas y las jóvenes participen en él. La historia de Grita muestra cómo jóvenes persistentes y decididas son capaces de desafiar incluso la cultura del fútbol, dominada por hombres. Gracias a su empuje, hoy más y más niñas y mujeres jóvenes juegan ese deporte.

El deporte ha comenzado a figurar en la agenda de muchos países y organismos internacionales.¹ La participación regular en actividades deportivas promueve el buen estado físico, fortalece la autoestima y la confianza y disminuye el estrés y la depresión.² Por medio de sus valores universales de buen estado físico, juego limpio, trabajo en equipo y búsqueda de la excelencia, el deporte puede mejorar la vida de individuos y comunidades, y crea espacios seguros, sobre todo para las niñas.

El deporte puede hacer sentir a los jóvenes que forman parte de una comunidad que va más allá de sus familias y ayudarlos a conectarse con sus pares y con los adultos. Puede ponerlos en contacto con nuevas ideas y posibilidades y darles acceso a recursos, oportunidades y aspiraciones en su camino a la adultez.

El deporte y la actividad física fueron reconocidos por primera vez como un derecho humano en la Carta Internacional de la Educación Física y el Deporte de la UNESCO de 1978, concepto que apoyó también la Convención sobre los Derechos del Niño de 1989. En 2004 la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la resolución 58/53 que invitaba a los gobier-

nos, a las Naciones Unidas, a los organismos especializados –donde correspondiera– y a las instituciones vinculadas al deporte a trabajar colectivamente para lograr que el deporte y la educación física brinden oportunidades para la solidaridad y el diálogo, con el objeto de promover una cultura de paz y equidad social y de género, y abogar por el diálogo y la armonía. La Asamblea General proclamó el 2005 como el Año Internacional del Deporte y la Educación Física. Esto apuntaba a facilitar que se compartieran conocimientos, a crear conciencia y a generar las condiciones adecuadas para la implementación de programas de desarrollo humano basados en el deporte.

Pese a que niños y niñas tienen igual derecho a sus beneficios, el deporte sigue estando dominado por los varones jóvenes.⁴ Por ejemplo, en Perú, el 46 por ciento de los varones de entre 18 y 34 años participan en deportes o actividades recreativas, mientras que sólo lo hacen el 28 por ciento de las mujeres del mismo grupo etario. En Bangladesh, los porcentajes son 47 y 14 por ciento, respectivamente.⁵

En Nairobi, Kenia, la Asociación Deportiva Juvenil de Mathare (Mathare Youth Sports Association, MYSA) es una organización de gran escala, comunitaria y mixta que funciona en uno de los barrios precarios más grandes y pobres de la ciudad. Desde hace más de dos décadas, MYSA ha encontrado nuevas formas de promover los deportes, la mejora ambiental y el desarrollo comunitario, y de transmitir información sobre salud sexual y reproductiva. En lugar de pagar una cuota, sus miembros participan en proyectos de aseo en los lugares donde viven. El programa para niñas de

MYSA se ocupa de los estereotipos tradicionales de género y promueve interacciones positivas entre niños y niñas. Antes de cada partido, las jugadoras y los simpatizantes escuchan charlas sobre VIH/SIDA, embarazo no deseado y otras cuestiones de salud reproductiva.

MYSA fortalece la autoestima y dirige las capacidades de los jóvenes hacia el crecimiento personal y el de sus comunidades. Sus programas han cambiado la vida de miles de niños y niñas. Los jóvenes que han participado en MYSA se han transformado a su vez en líderes juveniles y en modelos para otros jóvenes. Algunos han continuado en los deportes profesionales, se han graduado en la universidad y se han transformado en líderes locales.⁶

Las niñas y las mujeres que se dedican al deporte abren las restricciones que imponen los estereotipos de género, pero el deporte también les da acceso a la esfera pública. Les proporciona canales hacia la información y el aprendizaje y hacia nuevas y valiosas capacidades para la vida. Les permite trabar amistades, expandir sus redes sociales y disfrutar de la libertad de expresión y movimiento. A través del deporte, las niñas pueden beneficiarse de la tutoría de adultos de confianza. Al enfrentarse a niñas que asumen un nuevo rol, los niños aprenden acerca de sus fortalezas, capacidades y contribuciones, lo que puede ayudar a que reformulen sus ideas sobre lo que las niñas deben o no hacer⁷. El deporte puede contribuir a transformar los modos en que las niñas se ven a sí mismas y el modo en que las ven sus familias, sus pares y sus comunidades.



Daniel

ORGANIZADOR COMUNITARIO COLOMBIANO:
UN ESPACIO SEGURO EN UNA INSTITUCIÓN RELIGIOSA

Hay muertes. Todo a lo largo de su historia hay muertes. La primera le llegó antes de cumplir su primer mes: mucho después sabría que su padre fue, entonces, asesinado por un grupo parapolicial.

Yo nunca tuve padre, pero tardé muchos años en preguntar por qué. Ya tenía como dieciocho años. Antes yo no quería saber, y nadie me había contado nada.

Cuando preguntó, Daniel supo que a su padre lo mataron *Las Rayas*, “un grupo de limpieza que se dedicaba a asesinar ladrones, drogadictos”. Y que su padre “robaba, pero sólo a la gente que tenía” y que había empezado a cambiar, que “quiso cambiar pero su pasado no le perdonó nada”: los paramilitares lo secuestraron, lo torturaron varios días y al final lo dejaron, muerto, en un descampado cerca de su casa.

Daniel nació en 1981 en un barrio pobre de Barrancabermeja, una ciudad de 300.000 habitantes en el Magdalena Medio, una de las

zonas más violentas de Colombia. Cuando Daniel tenía cinco años, su madre, que trabajaba como empleada doméstica y se sentía abrumada de tener que cuidar a sus siete hijos, se lo llevó a su abuela paterna. A partir de entonces, Daniel viviría con su abuela, una tía, un primo.

Su abuela le compró su primera pelota: Daniel estaba encantado. Cuando empezó la escuela, descubrió que le gustaba y no le resultaba complicado, pero lo que lo enloquecía era el fútbol. Daniel se pasaba las tardes en la cancha, jugando con amigos, charlando, haciendo bromas: aprendiendo a ser un chico de su barrio. De vez en cuando su abuela lo llevaba a la iglesia, pero Daniel no le prestaba mucha atención.

Barrancabermeja es el centro del petróleo colombiano, una ciudad con larga tradición de luchas sindicales y violencia. En los años noventa, la ciudad y su región estaban dominadas por un grupo armado marxista, el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Los guerrilleros tenían gente en el barrio; de

vez en cuando mataban a un ladrón, a un drogadicto, “para dar el ejemplo”. Daniel creció sabiendo que era mejor mantenerse apartado, pero no era fácil: cuando tenía trece años, una tarde, un grupo del ELN se apareció en la esquina donde su amigo Alejandro, de diecisiete, jugaba a las cartas con otros muchachos.

Los tipos sacaron las armas y lo obligaron a ponerse de rodillas y a pedirles perdón porque había tenido algo que ver con la novia de uno de ellos. Y ahí mismo lo mataron, de rodillas, le dieron un tiro en la cabeza delante de los demás amigos. Por envidia, nomás, lo mataron, por celos. La muerte así no se justifica.

¿Y se sabía quiénes eran los asesinos?

Sí, porque para llegar a buscarlo fueron preguntando por el barrio dónde vivía, así que muchos los habían visto, pero todos vivíamos con temor de las represalias.

Seguían las muertes. Poco después fue el turno de su abuela, y Daniel tuvo una época oscura. Ya no le iba bien en el colegio y no sabía qué haría de su vida. Lo único firme era el fútbol: Daniel jugaba cada vez mejor y, a los dieciséis años, llegó a debutar en el equipo profesional de Barrancabermeja. Ya se imaginaba como un verdadero futbolista, uno de esos que veía por la televisión, hasta que una lesión en el tobillo acabó con sus ilusiones deportivas.

La Iglesia no quiere promover las relaciones sexuales entre los jóvenes. Pero sí quiere que cada cual cuide su cuerpo, que es el templo del espíritu.

En 1999, Daniel estaba por terminar el colegio secundario y grupos paramilitares aliados a narcotraficantes intentaban conquistar Barrancabermeja. La batalla duró, calle por calle, violenta, intermitente, casi cuatro años. Para entonces la ciudad se había ganado la reputación de ser la más violenta de Colombia: una media de 350 homicidios anuales por cada 100.000 habitantes. Mientras tanto, los guerrilleros seguían reclutando. En su último año del colegio, Daniel y varios de sus compañeros recibieron propuestas del ELN:

Teníamos dieciocho años, estábamos terminando el colegio y no sabíamos bien qué hacer, eso es lo que aprovechaban los guerrilleros. Hay muchos jóvenes que no tienen la capacidad económica para seguir estudiando, entonces venían ellos y te decían: “Buena, aquí te puedo dar un dinero, unas cosas si tú empiezas a ser parte del grupo”. Nos decían: “Si tú quieres tener una bicicleta, si quieres plata para salir, para vestir, trabaja con nosotros”. Algún amigo te contaba que le habían dado 500.000 pesos por una vuelta, que es ir a mirar si vienen los militares o los paras. O por hacer un mandado, como llevar algo al comandante de otro sector, un mensaje, unas armas. Eras chico, no tenías nada que hacer, ninguna visión de futuro, en tu casa no te hacían mucho caso, y ellos se aprovechaban de eso también.

En Barrancabermeja la desocupación afectó a la mitad de los jóvenes: la violencia era una de las pocas salidas posibles.

¿No les hablaban de política?

No, no mucho, a veces nos hablaban de su ideología, nos la vendían, que hay que luchar por el pueblo, todo eso, pero a nosotros no nos interesaban esas cosas.

¿Y nunca te tentó la cuestión?

Sí, tentarme sí me tentó, porque yo no tenía otros recursos económicos, pero hubo personas que me influyeron para que no lo hiciera, amigos, mi familia, el padre Juan José, que me decían que esa no era la manera de salir adelante, que me iban a matar.

Daniel empezó a vincularse cada vez más con un grupo de jóvenes de la parroquia de su barrio. Su primer contacto fue su novia, una chica católica que lo convenció de empezar a ir a misa y participar en ciertas actividades navideñas, pero terminó de interesarse cuando le pidieron que organizara un campeonato de fútbol para chicos. Ahí, por primera vez, se sintió útil, respetado. El padre Juan José, su mentor, lo convenció de que tenía que buscar la forma de ayudar a los demás: lo primero que se le ocurrió fue hacerse médico. Pero nunca podría, porque no tenía el dinero suficiente. Después pensó que podía convertirse en cura e hizo un curso para descubrir si tenía vocación: decidió que no.

Cuando terminó el colegio, Daniel se pasó un año sin saber qué hacer. No tenía plata para la universidad, no conseguía trabajo; pasaba buena parte de su tiempo en sus actividades de catequista y animador juvenil. A fin de año le salió una beca para estudiar Higiene y Seguridad Industrial, pero igual no le alcanzó el dinero y tuvo que dejarlo. Más



tarde intentaría una carrera técnica de dos años, para tener un oficio, pero tampoco pudo terminarla.

Mientras tanto su participación en la parroquia crecía. Organizaba campeonatos, peñas, bailes, discusiones con los chicos del barrio: la premisa era hacerlos sentir atendidos y ocupar su tiempo libre para que no lo dedicaran a las drogas, el crimen, la violencia política. El padre Juan José les explicaba que no hay paz con explotación, sin dignidad. Daniel fue nombrado representante de los jóvenes de su sector en el Equipo de Animación de la Pastoral, un grupo de la Iglesia dedicado al trabajo comunitario. “En muy poco tiempo ya me había ganado ese lugar”, dice, orgulloso.

La batalla por Barrancabermeja ya había terminado con el triunfo de los paramilitares.

No había más combates en las calles, pero los nuevos dueños también tenían sus ideas:

Ellos se creían nuestros papás. No sé con qué autoridad moral cogían a los chicos y los ponían a “voltrear”: correr, saltar, flexionar hasta que vomitaban, como para disciplinarlos, para que no estuvieran en las calles, no se drogaran, no robaran.

Y, si no les hacían caso, los paramilitares los ponían desnudos o rapados en una esquina con un letrero que decía: “soy mariguano”, por ejemplo. Y, en última instancia, los mataban. Eso, por no hablar de lo que les pasaba a los de un grupo sospechado de colaborar con otro. Por eso, Daniel y sus amigos siempre tuvieron claro que para sobrevivir había que cuidarse mucho. La Iglesia es de las pocas instituciones

que los grupos armados en general toleran: para un chico con inquietudes sociales, es una de las escasas posibilidades de hacer algún trabajo en su comunidad y seguir vivo.

En 2003, el ministerio de Bienestar Familiar firmó con la diócesis de Barrancabermeja y la Corporación Desarrollo y Paz un acuerdo para lanzar una campaña de educación en salud sexual y reproductiva, con el apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas. Daniel fue uno de los elegidos para aprender y, a su tiempo, enseñar. Ahora sigue trabajando en ese proyecto con chicos de entre siete y dieciséis años. Daniel empieza preguntándoles por la escuela, cómo les va, qué problemas tienen, los ayuda. Y después pasa a hablarles de la cuestión del género:

¿La mami qué hace en la casa?

Bueno, la mami lava.

¿Y ustedes la ayudan a lavar?

No, porque eso es para las mujeres.

¿Y en serio eso es para las mujeres?

¿Tú, niña, por ejemplo, la ayudas a limpiar?

Sí, la ayudo.

¿Y tu hermano la ayuda?

No, porque mi papá dice que eso es para las mujeres. Las mujeres están para la casa y los hombres para el trabajo.

¿Y tú crees eso?

Los diálogos se van enriqueciendo y, en general, llegan adonde Daniel quiere: principalmente, a mostrarles a los chicos que hay otras formas de ver a hombres y mujeres, sus deberes y derechos.

Es complicado y es, de algún modo, la parte más fácil. Más difícil es explicarles a los chicos cómo cuidar su cuerpo, cómo respetarlo, porque siempre llega un punto de conflicto: la posición de la Iglesia católica frente a las relaciones sexuales y a los métodos anticonceptivos.

La Iglesia no quiere promover las relaciones sexuales entre los jóvenes. Pero sí quiere que cada cual cuide su cuerpo, que es el templo del espíritu. Nosotros decimos que tú como persona tienes tus deseos, pero tienes que cuidarte, quererte, valorarte. Si estás en una relación y crees que llegó el momento oportuno para tener relaciones sexuales, porque hay amor y hay fidelidad, entonces tienes que cuidarte, y para eso tienes que saber cuáles son los métodos.

¿Y no hay gente de la Iglesia que se enoja si ustedes reparten preservativos, por ejemplo?

No, es que nosotros no repartimos preservativos.

Pero los recomiendan.

Sí, los recomendamos pero no los repartimos. Es cierto que quizá lo que decimos no está en la línea de lo que dice la Iglesia. Pero lo hacemos de manera muy precavida, porque no estamos invitando a los chicos a que tengan relaciones sexuales, más bien les proponemos que mantengan una vida sexual responsable y placentera.

Tú ves la contradicción...

Sí, la veo, pero también siento que estamos haciendo algo por la comunidad, y que este es el modo en que podemos hacerlo.

Este año, Daniel empezó a estudiar etnoeducación en una universidad a distancia, porque quiere dedicar su vida al trabajo social. Ya lleva seis años con una chica tres años menor que él, Diana Marcela, con quien tiene “una relación responsable y placentera”. Cuando ella debe aplicarse sus inyecciones anticonceptivas, él la acompaña y —cuenta— todos lo miran como si

hiciera algo muy raro. Daniel dice que en cuanto pueda va a formar un hogar y tener hijos y seguirá haciendo lo que pueda por los demás. Pero las muertes no dejan de acechar.

En mi barrio últimamente mataron a varios y nadie dice nada. Ahora hay una tranquilidad aparente. Siguen asesinando, pero todo queda ahí, no se denuncia, no sale en los diarios.

¿Te da miedo de que te pase algo así?

Sí, claro, en cualquier momento te puede pasar, de pronto no le caíste bien a alguien y ya.

¿Y no te desanimas?

Sí, a veces me desanimo, por estas cosas o por otras. Pero entonces voy y converso con Dios y él me da aliento, de distintas maneras, con sus cositas, me dice que siga adelante.

¿Cuáles son “sus cositas”?

Ésta, por ejemplo, que ustedes me hayan elegido para estar en un lugar tan importante como éste. Eso es porque Dios lo quiso, para mostrarme que voy por el buen camino, que lo que estoy haciendo vale la pena. Esas son sus cositas.

JÓVENES, RELIGIÓN E INSTITUCIONES RELIGIOSAS

La religión es parte de la cultura de muchos jóvenes, contribuye a formar sus identidades y los ayuda a moldear su vida adulta. A través de la religión desarrollan las creencias, los valores y las normas que los ayudarán a encontrar su camino en el mundo.

Los jóvenes parecen estar de acuerdo con sus padres respecto a la religión, especialmente en los países en desarrollo. Según un estudio sobre bienestar llevado a cabo por MTV Networks International (MTVNI) en 2006, los jóvenes del mundo en desarrollo son más religiosos que sus pares del mundo desarrollado.¹

Más de la mitad de los indonesios, brasileños e indios de entre 16 y 34 años afirmaron ser religiosos, frente a uno de cada cuatro en los Estados Unidos y uno de cada diez en Suecia y Alemania. También hubo una correlación positiva entre el compromiso activo con la religión y los niveles de felicidad. Aun así, los jóvenes tienden a participar menos que sus mayores en organizaciones eclesíásticas y de caridad.²

Las instituciones religiosas contribuyen al desarrollo luchando contra la pobreza y proveyendo redes de seguridad para marginados y pobres. Embarazos e hijos no deseados garantizan la subsistencia de la pobreza de una generación a la siguiente. Para romper este eslabón es necesario informar a los jóvenes sobre su salud y derechos reproductivos y de esta manera darles la posibilidad de decidir cuántos hijos tendrán y cuándo.

Muchas instituciones religiosas consideran la salud sexual y reproductiva de los adolescentes un tema demasiado delicado. Otras, como el programa del Magdalena Medio, están más dispuestas a ayudar a jóvenes como Daniel a encontrar su camino. Estas valientes instituciones comprenden que darles a los jóvenes la base para tomar decisiones informadas es ayudarlos a planear un futuro mejor. En la era del VIH/SIDA, entienden que el desconocimiento podría costarles a los jóvenes no sólo una vida mejor, sino la vida misma.

Las asociaciones con instituciones y líderes religiosos también ayudan al desarrollo de las comunidades. Por ejemplo, ciertas escuelas religiosas, como las jesuitas Fe y Alegría de Venezuela, integran en sus programas la construcción de comunidad, el entrenamiento de capacidades y el desarrollo de liderazgo.³ En Ghana, una red de organizaciones intercredos brinda educación y servicios a comunidades locales, lo que incluye crear conciencia sobre la prevención del VIH y los embarazos entre los jóvenes.⁴

Los líderes religiosos pueden movilizar a las comunidades, ayudar a la construcción de la opinión pública y denunciar prácticas perjudiciales. A menudo colaboran en los esfuerzos para erradicar la mutilación genital femenina. Así, el líder de la Iglesia Ortodoxa Etíope ha dado su apoyo a una campaña nacional para poner fin al matrimonio infantil.⁵

Dada la importancia de la religión en las vidas de los jóvenes, los programas de desarrollo deben

involucrar a instituciones y líderes religiosos y a los jóvenes mismos para buscar un terreno común y promover el cambio en forma conjunta. Los trabajadores del desarrollo deberían lograr el apoyo de los líderes religiosos para llegar a los jóvenes, enfrentar problemas como la violencia de género, terminar con prácticas tradicionales perjudiciales, alentar la responsabilidad masculina y mejorar la información y los servicios de salud sexual y reproductiva.



Tsehay

EMPLEADA DOMÉSTICA ETÍOPE:
HUIR DEL MATRIMONIO INFANTIL

Su hermana le mostró el vestido. Blanco, largo y radiante, era el vestido más lindo que Tsehay había visto en su vida. Tsehay tenía nueve años y era la primera vez que estrenaba una ropa: hasta entonces, siempre había recibido la que dejaban sus hermanas mayores.

¿Para mí? ¿Este vestido es para mí?

Sí, para tu boda. Esta tarde es tu boda.

¿Mi qué?

Tsehay no entendía nada. Había oído hablar del matrimonio porque sus cuatro hermanas ya se habían casado; ella había estado en las fiestas de las dos más jóvenes, que decían que estaban muy felices, pero nunca pensó que algo así pudiera sucederle a ella tan pronto.

Estaba tan sorprendida que ni pensó en preguntar con quién se casaría. Su hermana se lo contó de todas formas: era un muchacho del mismo pueblo, pero Tsehay no lo conocía. Sí le

preguntó cómo era estar casada: su hermana le dijo que no se preocupara, que todo iba a estar bien. Tendría que ocuparse de su nueva casa, de su marido, de sus hijos. Tsehay pensó que debía ser difícil tener hijos. Y después su hermana le explicó que, de todas formas, era muy chica y se quedaría con su familia hasta que se hiciera algo mayor: “Dentro de dos años, cuando cumplas once”, le dijo, “ahí sí vas a irte a vivir con tu marido”.

Para Tsehay ese día pasó como una nube. Sus hermanas la terminaron de vestir, su madre la peinó, la perfumaron, y más tarde llegaron a su casa los ancianos del pueblo con el novio y su familia. El novio, pensó Tsehay, parecía tan nervioso como ella, pero era un muchacho grande: tenía por lo menos quince años. Tsehay se asustó más: nunca podría vivir con ese adulto. El muchacho le buscaba la mirada; Tsehay la rehuía. De hecho, durante toda la fiesta, en medio de las comidas, cantos, tragos, nunca se hablaron: cada uno se refugió en su familia.

Así llegó la noche. Tsehay durmió en su casa.

A la mañana siguiente volvieron a vestirla para la fiesta en la casa del novio: otro día de bailes y festejos. Cuando todo se acabó, Tsehay se volvió con sus padres y hermanos; todo parecía igual pero era tan distinto: ahora estaba casada.

Los matrimonios infantiles son una práctica tradicional y corriente en Etiopía, el segundo país más poblado de África, y uno de los más pobres. En las provincias rurales del norte, donde vive Tsehay, se calcula que nueve de cada diez matrimonios fueron arreglados por los padres, y que casi la mitad de las chicas fueron casadas antes de cumplir los quince años.

Tsehay había nacido en 1989 en un pueblito de doscientas familias, sin electricidad ni agua corriente. Su familia no era de las más pobres: tenían una pequeña tierra para cultivar cebada y trigo, dos vacas, dos bueyes y un rancho con tres cuartos hechos de ramas, barro y bosta.

Tsehay nunca fue a la escuela. En su pueblo no había y, además, ella siempre estaba ocupada. Desde que tiene memoria tuvo que

trabajar, en la casa, en el campo. A veces tenía un rato para jugar con los otros chicos, y todavía se acuerda de ese día en que su madre le dijo que jugara con cuidado porque se le podían abrir las heridas. Pero, por más que lo intenta, no consigue recordar nada más de su mutilación genital: supone que debía tener cinco o seis años, pero no está segura. Para Tsehay el momento en que le hicieron la ablación de clítoris –como lo hacen con tres de cada cuatro mujeres etíopes– es, ahora, un agujero negro.

Dos o tres veces por año Tsehay iba a la misa ortodoxa pero, fuera de eso, sus días eran siempre iguales: limpiar, cocinar, cuidar los animales, buscar agua en el pozo. Tsehay no se quejaba: en principio, porque no tenía cómo imaginar otras vidas.

“Y si me casaba todo se iba a volver mucho peor. Así que decidí irme a Addis...”

Seis meses después de su boda Tsehay volvió a ver a su marido, en la iglesia, porque era el día de la Epifanía. Él trató de acercarse, de hablarle, pero ella se escapó: no quería saber nada. Cada vez le daba más miedo la idea de vivir con ese hombre, que le hiciera vaya a saber qué cosas, que la obligara a parirle hijos

y trabajar para él y para ellos. Pero tampoco se le ocurría una salida.

Había pasado un año cuando su padre se enfermó: se sintió débil, tenía mucha fiebre. El hombre fue a una sala de primeros auxilios en un pueblo cercano: la enfermera le dio una inyección y lo mandó de vuelta a casa. Allí murió, poco después, de una malaria. Tsehay ya no sabe su edad, pero imagina que debía tener unos cincuenta años.

La muerte del padre cambió todo. La madre estaba embarazada y no tenía recursos: en pocos meses tuvieron que vender los animales y parte de la tierra. Tsehay desesperaba: se acercaba la fecha en que tendría que ir a vivir con su marido. No quería, pero no tenía opción: si se negaba a cumplir su compromiso, la familia del marido podía demandar a la suya y exigirle un dinero que no tenía. Sería la ruina definitiva. Tsehay pensó que tenía que hacer algo.

Yo había escuchado hablar de Addis Abeba, uno de mis parientes me había contado. Me dijeron que ahí la gente no tenía que trabajar, que si uno iba ahí le daban de comer, lo cuidaban. Yo quería que me cuidaran. Yo era una nena pero nunca había podido ser una nena, que se ocuparan de mí, que me cuidaran. Y si me casaba todo iba a ser mucho peor. Así que decidí irme a Addis, para que me cuidaran.

Tsehay supo que el familiar que le había hablado de Addis, un hombre de treinta años, pariente de su padre, que solía ir a la capital a comprar cosas que después vendía en el pueblo, estaba por viajar. Esa tarde, Tsehay sacó un billete de cien birrs –unos diez dólares estadounidenses– que su madre guardaba en una caja, y lo escondió en el campo. A la mañana siguiente se despertó antes del alba, recuperó el billete y se fue, sin saludar a nadie, a la casa del familiar que le había hablado de Addis. Tsehay le dijo que quería que la llevara allí; el hombre le dijo que no; ella le dijo que si él no la llevaba se iba sola, y el hombre aceptó.

Tsehay no recuerda mucho de ese viaje: sólo sabe que duró tres días, que a veces caminaron y que nunca llegaron a Addis Abeba. El hombre la había llevado a un pueblo en el sur, cerca de Wellega, donde la empleó en el campo de unos conocidos suyos. No era para eso que Tsehay había partido: aquí trabajaba sin parar, nadie la cuidaba y ni siquiera era su pueblo. Al cabo de dos semanas, Tsehay repitió su ultimátum: si no la sacaba de allí, se iría sola. El hombre la llevó a la capital.

Cuando llegaron, Addis le pareció demasiado grande, tan ruidosa. Pero no tuvo mucho tiempo para verla: al día siguiente, su pariente le consiguió un empleo doméstico



en la casa de otra familia conocida. Tsehay empezaba a aprender que su vida en la capital no sería lo que había imaginado.

Entonces me di cuenta cómo me había engañado. Pero me tuve que quedar, no tenía otra salida. A mi casa no podía volver, y tampoco podía hacer ninguna otra cosa.

La familia vivía en una casa precaria del barrio de Merkato, el gran mercado de Addis. En Etiopía es frecuente que las familias pobres imiten a las ricas y se consigan empleadas domésticas que trabajan por poco más que el techo y la comida.

De ahí en más, el tiempo se le confunde: es como si no hubiera vuelto a pasarle nada

significativo. O muy poco: recuerda la vez que se hartó de su patrona y se fue a trabajar a otra casa, pero volvió después de un par de meses. O la vez en que una vecina prostituta, que tenía linda ropa, buena comida, le propuso que empezara a trabajar con ella, y Tsehay lo pensó pero decidió que mejor no:

Me daba miedo contagiarme el HIV; si me enfermaba nunca iba a poder tener hijos, nada.

Durante estos ocho años, los días de Tsehay han sido siempre iguales: se levanta a las seis de la mañana, toma un té y empieza a cocinar los *injera*, el pan tradicional etíope. Sus patronas venden el pan que ella hace a los

vecinos. A la una, cuando termina de cocinar, va a buscar agua con su balde, lava los utensilios y se pone a limpiar la casa. A eso de las cinco, cuando termina, empieza a cocinar la cena para la familia. A las nueve sus patronas se sientan a comer; Tsehay come poco después, sola, en un rincón, lo que ellos le dejaron, y se va a dormir.

En la casa, dice, la tratan bien: no le pegan, no la violan, y le pagan un salario de cincuenta birrs –unos cinco dólares estadounidenses– por mes. De vez en cuando va a la iglesia o a dar una vuelta por ahí pero, hasta hace poco, no conocía a nadie, no tenía ningún amigo. Tsehay vivía más sola en la ciudad, repleta de gente, que en su pueblo.

¿Y puedes soportar esta vida?

Sí, estoy bien, porque ahora tengo un plan para el futuro.

Tsehay dice que algo cambió cuando empezó a asistir a los cursos de educación no formal del proyecto *Biruh Tesfa* –“Futuro Brillante”–, organizado por el Ministerio de Juventud con el apoyo del Population Council y el UNFPA. Allí aprendió a escribir su nombre y a marcar un número de teléfono.

no, y va a aprender a leer. Y, sobre todo, conoció a otras chicas como ella, que llegaron a Addis escapando del matrimonio temprano y la pobreza.

Una compañera de acá me habló de los países árabes, Qatar, Kuwait, donde una chica puede trabajar y ganar más plata, ser independiente. Después me presentó a una gente que te organiza el viaje. Entonces me decidí, y usé todo el dinero que había ahorrado, unos 600 birrs, para sacar el pasaporte para irme. Pero después se complicó.

En la preparación para el viaje, Tsehay tuvo que hacerse una revisión médica y le descubrieron una enfermedad –“unas cicatrices, no sé, alguna cosa”– en un pulmón. Entonces le dijeron que para viajar tenía que curarse, pero hasta ahora no pudo hacerse el tratamiento necesario porque se había quedado sin dinero.

Ese día, cuando me dijeron que todavía no me podía ir, fue el más triste de mi vida. Lloré, lloré mucho, pero después pensé que todo se va a arreglar, que de alguna forma voy a poder hacerlo.

¿Y cuál fue el día más feliz?



Tsehay lo piensa un rato. Primero dice que no, que no hubo un día así, pero al final dice que fue cuando volvió a su pueblo.

Volví hace como tres años porque me enteré de que se había muerto mi hermano. Entonces pude ver a mi madre. Yo no sabía si estaba viva o muerta, y me hizo tan feliz volver a verla, a abrazarla.

¿Y no te gustaría volver para quedarte?

Tsehay vuelve a pensar y dice que no, que no querría. Que en el pueblo no hay agua ni

electricidad y que si volviera tendría que casarse y tener hijos y entonces lo único que haría sería ocuparse de ellos, de la casa, del marido:

Si no tengo más remedio lo voy a tener que hacer, pero espero que no. Si me vuelvo al pueblo no tendría una vida mía, todo sería para ellos, nunca me podría comprar una ropa para mí. Yo quiero comprarme alguna vez alguna ropa para mí.

ADOLESCENTES QUE CAMBIAN TRADICIONES PERJUDICIALES

Las culturas tienen sus propias maneras de marcar las diferencias entre niños y niñas y lo que se espera de ellos. Lo que todas las culturas tienen en común es el hecho de que las expectativas cambian a medida que los niños se transforman en adolescentes, y esto es especialmente cierto en el caso de las niñas.

En las ciudades, tanto las niñas como los niños tienden a permanecer en la escuela y hacen una transición gradual hacia las responsabilidades de la edad adulta. Pero en las sociedades tradicionales y rurales, la pubertad todavía marca la línea de separación: en ese momento la mayoría de las niñas dejan la escuela e inician el inseguro camino del matrimonio y la maternidad. Los mayores arreglan los matrimonios y los jóvenes, incluidos los varones, tienen poco o ningún poder de decisión en el asunto.

La tradición está perdiendo su dominio sobre las niñas, incluso para las muy jóvenes. Algunas de ellas, como Tsehay, escapan del matrimonio infantil abandonando sus aldeas. Las que se quedan encontrarán a veces el apoyo de programas que trabajan en contra del matrimonio infantil. Estas niñas están reafirmando su derecho a decidir por sí mismas con quién y cuándo casarse, incluso si es preciso abandonar su hogar. Aunque no lo dirían de esta manera, están reclamando su adolescencia, exigiendo el tiempo suficiente para prepararse para la vida adulta en el siglo XXI.

Todos los países –incluido el de Tsehay– están de acuerdo en que el matrimonio infantil es un abuso a los derechos humanos de los niños. Aun así, en los próximos diez años probablemente serán casadas cien millones de niñas. En las zonas críticas, como la

región de Amhara en Etiopía, donde vive Tsehay, la mitad de las niñas ya están casadas a los 15 años; en Bihar, India, el 40 por ciento; en Bangladesh, más de un tercio, en Chad el 29 por ciento y en la República Dominicana, el 11 por ciento. En todo el mundo, hay alrededor de 51 millones de adolescentes casadas.¹

Una vez casadas, en general no se les permite abandonar sus hogares y son separadas de su familia de origen y amigos. Tienen menor acceso que las niñas solteras a los medios de comunicación modernos o a otras fuentes de información. No tienen poder alguno en sus hogares y apenas pueden intervenir en las decisiones relativas a la sexualidad y la reproducción. Sus esposos suelen ser mayores y sexualmente más experimentados, lo que las expone a un mayor riesgo de infección con VIH, en especial porque es probable que el sexo se practique sin protección.

Se espera que tengan hijos lo antes posible, y en eso arriesgan la vida: el riesgo de enfermedad, heridas o muerte como resultado del embarazo es mucho más alto para las niñas adolescentes que para las mujeres de más de 18 años.

Varios instrumentos internacionales de derechos humanos protegen a los niños del matrimonio infantil. Entre ellos se incluyen la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (1979), la Convención sobre los Derechos del Niño (1989) y la Carta Africana sobre los Derechos y el Bienestar del Niño (1990). Estos instrumentos exigen el consentimiento libre y completo de las partes para el matrimonio, el establecimiento de una edad mínima para casarse de 18

años, la inclusión del matrimonio infantil entre las prácticas perjudiciales y la protección de los derechos de los niños contra toda forma de explotación.

En todo el mundo, muchos programas están trabajando para impedir el matrimonio infantil. Por ejemplo, en Amhara, Etiopía, el programa Berhane Hewan convoca a grupos de niñas en riesgo de matrimonio infantil. Las mentoras promueven la alfabetización funcional, habilidades para la vida y la subsistencia, y educación en salud reproductiva. En conversaciones comunitarias mensuales, padres y líderes religiosos discuten el matrimonio infantil y otros temas que afectan el bienestar de las niñas. Cuando las niñas se gradúan del programa, sus familias reciben una cabra, el mismo regalo que habrían recibido de la familia del novio.

La participación de la comunidad es un componente muy importante del programa y quizás una de las claves de su éxito: el 96 por ciento de las participantes permanecen solteras tras dos años en el programa. Se observan resultados similares en programas desarrollados en la India, Bangladesh, Egipto, Kenia y Burkina Faso.

Es necesario renovar e intensificar los esfuerzos para alcanzar a todas las adolescentes en riesgo de matrimonio infantil mientras todavía están en la escuela. Trabajando en el seno de las culturas, con la participación de las familias y las comunidades locales, la erradicación de esta práctica antigua permitirá que millones de niñas permanezcan en la escuela y disfruten de una transición socialmente protegida a la edad adulta.



Jiigee

PASTOR MONGOL:
UN CELULAR Y LA FIEBRE DEL ORO EN LA ESTEPA,
ENTRE LA CULTURA LOCAL Y LA GLOBALIZACIÓN.

Al principio le costó aprender a cabalgar. Jiigee ya tenía siete años cuando se dio cuenta de que el caballo tenía más miedo que él, y aprendió a mostrarle quién mandaba. Un niño mongol tiene que ser un buen jinete: sobre todo un niño pastor mongol criado en medio de la estepa.

Jigjidsuren, que todos conocen como “Jiigee”, nació en 1985 en algún rincón del distrito de Bat-Ulzii, provincia de Uvurkhangai, Mongolia central. Sus padres eran pastores nómades, así que el lugar exacto de su nacimiento no está del todo claro, pero no fue muy lejos de donde vive hoy: los pastores mongoles ya no se desplazan grandes distancias; sólo unos pocos kilómetros, según las pasturas y las estaciones.

Jiigee siempre vivió entre esas colinas suaves, verdes en primavera y blancas en invierno, donde las temperaturas pueden trepar hasta los 35 grados en julio y descender hasta los 40 bajo cero en diciembre; donde el vecino más próximo vive a kilómetros de distancia y es fácil pasarse mucho

tiempo sin ver a ningún desconocido; donde la vida es bastante parecida a como ha sido durante siglos.

No, yo no fui a la escuela. Mi padre me necesitaba aquí, trabajando.

Los pocos chicos analfabetos de Mongolia provienen de familias de pastores que viven lejos de cualquier escuela y que no quieren o no pueden ir pupilos. Cuando Jiigee alcanzó la edad escolar, su padre se había enfermado y necesitaba que su hijo lo ayudara a cuidar los rebaños. Así que su instrucción fue en los saberes pastoriles.

Lo primero que hice, cuando tenía cinco o seis años, fue aprender a cuidar las ovejas.

¿Y cuál es la clave?

Lo más importante es conseguir que engorden. Mi padre me enseñó cuáles eran los lugares donde comían mejor.

Jiigee dice que un buen pastor tiene que conocer bien las enfermedades de los animales, saber qué hierbas les hacen bien y cuáles mal. Y saber cuidarlos de diversos peligros: el frío, los lobos, los ladrones. Es cierto que parece que hay menos lobos que antes, dice, y más ladrones. Muchas veces ha tenido que disparar a los lobos, y a un amigo hace poco le robaron como un tercio del rebaño. Jiigee dice que eso antes no pasaba.

Su padre también le enseñó que un perro no siempre es bueno porque las ovejas le temen demasiado, que las ovejas no deben temer a su pastor sino quererlo, respetarlo: cuando las ovejas lo ven, dice Jiigee, van a buscarlo, porque saben que él las va a llevar al agua, a la comida.

A sus ocho años, Jiigee pasó de curso: las vacas son más tranquilas, más serenas, pero a veces su rebaño se mezclaba con otro y tenía que reconocer y separar a las suyas. Y al año siguiente empezó a ocuparse de los caballos, que son más rápidos y más inquietos pero más cómodos, porque todos siguen al potro que lidera la manada.

¿Y ése fue el último paso?

No, después vienen las cabras.

¿Recién al final? ¿Las cabras son las más difíciles?

En la primavera, cuando tienen crías, se complica, porque a veces no las cuidan y tenemos que cuidarlas nosotros: ponerlas con sus madres para que coman y no se nos mueran.

¿Y cuáles son los animales que prefieres?

Las cabras y las ovejas. Son las que más me necesitan. Tengo que salvar a los chiquitos, tengo que cuidar lo que comen, tengo que estar atento cuando vienen los lobos. Son animales que esperan mucho de ti, te piden mucho...

“Si mi hija estudia va a poder tener otra vida, una vida más fácil. Yo nunca estuve en la ciudad, pero amigos me contaron, y vi en la tele, que en las ciudades la vida es más fácil...”

Cuando Jiigee tenía diez años su padre murió, y su hermano mayor y su madre quedaron a cargo del rebaño y de la familia. Su hermano se casó, tuvo dos hijas; su madre se

fue a vivir al pueblo. Jiigee, mientras tanto, seguía con su vida de siempre: cuidaba los animales, se veía con sus amigos, los hijos de los pastores “vecinos”, se divertía muy de tanto en tanto en alguna fiesta, una boda o algún viaje al pueblo, veinte kilómetros más abajo.

Pero a sus dieciocho o diecinueve años, su madre y su hermano empezaron a insistir para que se casara: así podría tener su propia familia, su propio *ger*—la tienda tradicional mongola—, sus propios animales. A Jiigee le gustaba la idea de volverse independiente, pero es tímido y en la estepa no es fácil conocer chicas. Algún amigo le habló de alguna, su madre trató de informarse, pero no resultaba. Hasta ese día de primavera, hace más de dos años.

Se le habían escapado unos caballos, y Jiigee los tuvo que perseguir treinta o cuarenta kilómetros. En un momento se paró en el *ger* de unos pastores y les preguntó si los habían visto. Le dijeron que no pero Jiigee, en cambio, vio a una chica que le llamó la atención. Y ella le devolvió las miradas, las sonrisas.

Marta tenía diecinueve años; unos días después, Jiigee volvió a verla, y después otra vez, y otra. Cuando empezaba el verano, Jiigee invitó a todos sus amigos y parientes a que lo acompañaran, para que los padres de ella vieran que era una persona con poder y respeto suficientes para ser su yerno. Jiigee y

Marta se casaron un mes más tarde, y pronto ella quedó embarazada.

¿Tu vida cambió mucho?

Sí, muchísimo.

¿Es mejor o peor?

*Mucho mejor. Ahora tengo mis propias cosas, y la vida me parece más interesante. Tengo más responsabilidades, me siento más hombre. Y después cuando nació mi hija Byambadolgor me sentí tan feliz. Dos años atrás yo era sólo un soltero, y en cambio ahora tengo mi *ger*, mi familia, mis animales, mis descendientes que van a seguir mi camino... Ahora sí que soy un hombre.*

Su madre y su hermano le dieron los animales que le correspondían y lo ayudaron a construir su *ger*. El *ger* es el centro de la cultura pastoril mongola: una tienda redonda, de unos seis metros de diámetro, armada sobre una estructura de madera pintada de colores, con un techo cónico y una puerta decorada. El *ger* se monta o se desmonta en pocas horas y contiene todos los objetos de la familia: en el medio, la estufa de hierro que calienta y cocina; a los costados, contra la pared de tela, un par de camas—que de día son asientos—,



los armarios, el espejo, las fotos de familia, el pequeño altar, un reloj. En el *ger* de Jiigee hay un televisor chiquito.

Tengo electricidad porque conseguí ese panel solar que está ahí afuera. Se lo cambié a un hombre por una vaca. Así, cuando hay sol, puedo usar la tele y esta lámpara.

Hace un año, Jiigee se compró un celular y dice que le mejoró mucho la vida: ahora puede hablar con su madre, que vive en el pueblo, con sus parientes y amigos. Y, sobre todo, ha descubierto que puede ayudarlo a ganar dinero. En marzo pasado, el comerciante que cada año le compra la lana de cashmir le ofreció, como siempre lo había hecho, un precio bajo. Pero esta vez, Jiigee llamó a un par de amigos del pueblo que le dieron el precio de mercado. El comerciante no tuvo más remedio que pagárselo y Jiigee se sintió tan bien: ya no era un pobre pastor tonto al que cualquier tipo de la ciudad podía engañar.

El *ger* huele a carne y té con leche: cada forastero que llega es recibido con sonrisas

y algo de comer. El deber de la hospitalidad es básico entre los nómades. Jiigee dice que mañana mismo van a tener que desarmar el *ger* para ir a buscar los pastos del verano. Las tierras de la estepa mongola no tienen dueño: cada cual busca un lugar, lo usa, lo deja. A veces, dice Jiigee, van a un lugar que ya está ocupado por otra familia, y tienen que irse más lejos.

¿Y nunca se pelean por un lugar?

No, ¿para qué? Siempre se puede encontrar otro.

Los días de Jiigee están regulados por la luz solar y por las estaciones. Cada mañana se levanta al alba, come el desayuno: té con mucha leche y sal y algún trozo de carne o de queso. Después abre el corral de las ovejas y cabras para que puedan salir y se pone a limpiarles el corral; mientras tanto, su mujer ordeña las vacas. Hacia las ocho se va a cuidar a las cabras y ovejas. Son tres o cuatro horas de cierta calma: se recuesta en el pasto y mira a sus animales, a veces se duerme una siesta o piensa cosas: cómo va a acrecentar su rebaño, cuánta lana venderá este año, cómo será la vida de su hija.

¿Quieres que vaya a la escuela?

Sí, claro.

Pero tú no fuiste y no te va mal...

¿Por qué quieres que ella vaya?

Sin ir a la escuela se puede hacer mi vida, cuidar a los animales, vivir en el campo. Pero yo querría que mi hija estudiara, que aprendiera muchas cosas y que se pudiera ir a vivir a la ciudad.

¿Crees que su vida será mejor si se va a la ciudad?

Esta vida tiene muchos riesgos. A veces hace tanto frío que los animales se mueren y ya no sabes qué hacer. Además en los últimos años llueve menos, todo está más seco. Nuestra vida se está haciendo cada vez más difícil. Si mi hija estudia va a poder tener otra vida, una vida más fácil. Yo nunca estuve en la ciudad, pero amigos me contaron, y vi en la tele, que en las ciudades la vida es más fácil, hay tantas cosas. Hay harina, azúcar, arroz, gasolina, ropas. La gente tiene cosas nuevas, vive en casas con electricidad. Acá no es fácil comprar cosas. Cuando alguien va a la ciudad, yo le pido que me compre lo que necesito.

¿Y tú no quieres irte a la ciudad?

Yo no tengo educación, ninguna calificación, así que no podría encontrar un

trabajo en la ciudad. Para mí es mejor quedarme acá. A mí me gusta mi vida acá, me gustan mis animales. Me gusta saber que ellos me necesitan.

A mediodía, cuando vuelve, Jiigee mira dónde andan las vacas y los caballos, y si se fueron muy lejos los va a buscar. Hacia las dos almuerza, y vuelve a ocuparse de los animales, o va a buscar la leña o la bosta que usarán para el fuego, o unos baldes de agua, o arregla sus herramientas o los corrales. Y más tarde, antes de que caiga el sol –hacia las nueve en verano, las cinco en invierno–, empieza a encerrarlos. Pero también hay muchas otras cosas que hacer. En marzo, por ejemplo, habrá que esquilarse a las cabras, y más tarde a las ovejas. En otoño estarán listas las cremas, los quesos, la leche fermentada para llevar al mercado del pueblo.

Y después se hace de noche y Jiigee y su mujer comen algo más –una sopa de fideo, carne hervida, té– y miran un poco de televisión: las noticias, algún debate, un programa de risa, y se van a dormir a eso de las once.

¿Qué diferencias hay entre la vida de tu padre y la tuya?

Cuando mi padre vivía había agua suficiente. El pasto crecía muy bien, los animales siempre tenían qué comer. Ahora ya no es así,

y eso es malo. Pero cuando mi padre vivía no había electricidad, teléfono celular ni coches.

¿Cuál de las dos épocas prefieres?

Yo prefiero la época de mi padre, porque en esa época la naturaleza era mucho mejor. Llovía más, había menos vientos, los animales empezaban a comer buena hierba en marzo. Ahora ya no hay hasta junio...

¿Y por qué pasa todo eso?

Por las minas de oro. Antes estaba prohibido. Ahora hay minas de oro por todos lados, son como hongos, y realmente arruinan la naturaleza. Usan demasiada agua, arruinan demasiada tierra.

Jiigee está preocupado: dice que si no paran de buscar oro la vida de los pastores va a ser cada vez más difícil.

Cada vez va a haber menos pastores y más mineros y más gente pobre.

¿Y no quieres ser minero?

No. No conozco a nadie que se haya vuelto rico buscando oro. En general sacan un poquito, sobreviven...

¿Y conoces a alguien que se haya hecho rico como pastor?

Sí, claro. El pastoreo hace que la gente sea más rica y más feliz.

¿Cómo? ¿Cuál es tu plan?

Mi plan es aumentar el número de mis animales, ahora tengo 160. Y entonces podré vender más animales cada año y quizás comprar un camión... ahora sólo tengo una moto. Necesito tener plata para que mis hijos vivan bien.

¿Y cuál es el objeto que más querías tener?

Un jeep. Con un jeep podría traer más agua, leña, mudarme... La vida sería más fácil con un jeep.

Pero el jeep es para trabajar. ¿No quieres algo que te daría gusto?

Sí, un caballo. Me gustaría comprarme un caballo que corriera muy rápido, para ganar la carrera del pueblo.

A Jiigee se le iluminan los ojos cuando dice eso. Al fin y al cabo, es un pastor mongol.

JÓVENES + NUEVAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y LA COMUNICACIÓN = UNA FÓRMULA PARA EL CAMBIO CULTURAL

Entre los años 2000 y 2003 se sumaron casi 500 millones de teléfonos móviles a la red global sólo en los países en desarrollo,¹ y hoy más de 250 millones de personas de esos países utilizan Internet.²

Los jóvenes han crecido con las nuevas tecnologías de la comunicación, y a menudo son los primeros en encontrarles nuevos usos. El acceso varía mucho, pero en varios de los países en desarrollo el 40 por ciento o más de los usuarios de Internet son jóvenes.³ En Indonesia, poco más del 20 por ciento de la población total tiene acceso a Internet, pero el porcentaje dentro del grupo de 15 a 19 años es marcadamente mayor.⁴

Las experiencias de los jóvenes de los países en desarrollo demuestran que Internet y los teléfonos móviles están generando un impacto profundo.⁵ Ya han producido cambios en la cultura y los hábitos de consumo juveniles, y en las actitudes respecto a la ciudadanía y el activismo.⁶ Su naturaleza interactiva y descentralizada ofrece posibilidades para la educación y el empleo; y como lo demuestra la historia de Jiigee, oportunidades que las comunicaciones tradicionales no pueden igualar.

La comunicación instantánea abre el mundo a los jóvenes, pero también los distancia de la sociedad tradicional y a veces los pone en conflicto con ella. Los valores de la nueva cultura juvenil no siempre armonizan con las formas de pensar y actuar establecidas. El desafío es encontrar el equilibrio entre las dos culturas.

En sus diferentes aspectos –no sólo las nuevas tecnologías, sino las economías de mercado abiertas, el crecimiento de la actividad empresarial y la tendencia a una mayor democracia–, la globalización ha acarreado una mayor libertad de elección; pero también ha incrementado la desigualdad y la inseguridad para los jóvenes de hoy.⁷ Aunque se adapten más fácilmente a la globalización y a lo que ésta tiene para ofrecer, muchos jóvenes no se han beneficiado de ella, especialmente en los países en desarrollo,⁸ donde la pobreza y la educación inadecuada les impiden avanzar.⁹

Los jóvenes no rechazan la globalización en sí misma, pero expresan preocupación por algunas de sus consecuencias, como la degradación ambiental y la desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza. En la última década, su preocupación se ha vuelto global. Coaliciones de organizaciones no gubernamentales, grupos estudiantiles, organizaciones políticas y activistas de derechos civiles piden una distribución más equitativa de oportunidades y beneficios.¹⁰

La historia de Jiigee muestra que las poblaciones pobres y tradicionalmente en desventaja pueden beneficiarse con las nuevas tecnologías. Se podría contar muchas veces una historia similar: en el estado indio de Kerala, por ejemplo, los pescadores utilizan mensajes de texto para averiguar dónde atracar con su pesca para obtener el mejor precio.¹¹ En algunos países, los programas de salud sexual y reproductiva envían a los jóvenes mensa-

jes de texto con información sobre prevención del VIH.

Las nuevas tecnologías pueden difundir el conocimiento y la información, brindar canales para el empleo y la educación y aumentar las oportunidades de participación de los jóvenes. Internet es una ventana a través de la cual los jóvenes y sus culturas reciben nuevas ideas y valores: pero se necesita mucho esfuerzo para cerrar la “brecha digital” y permitir que más gente acceda a las nuevas tecnologías.



Kim

CANTANTE VIETNAMITA:
EL HIP-HOP LLEGA A VIETNAM

Sus padres la llamaron Le. Pero hace tres años, cuando comenzó su carrera de cantante, eligió llamarse Kim, porque quería un nombre que todos pudieran recordar fácilmente. Le nació en 1991 en Hanoi, la capital de Vietnam: en esos días su país empezaba un ciclo de desarrollo industrial y comercial que produjo grandes cambios sociales. Los padres de Le, por ejemplo, tienen empleos que no existían hace veinticinco años: su madre trabaja en una compañía que fabrica juegos de computadora; su padre, en una oficina comercial. Le iba a la escuela pública, jugaba, pintaba árboles y soles, cantaba las canciones que escuchaba su hermana mayor: una vida normal que a veces la aburría.

A veces pensaba que cuando fuera grande iba a ser maestra; otras que quería ser una empresaria y ser dueña de una compañía. Cambiaba sin parar. Nunca pensaba lo mismo mucho tiempo, pero creo que quería hacer algo diferente, porque la vida me parecía muy aburrida.

Hasta un día en que no paraba de llover, y Le oyó una canción. Ya tenía doce años; la lluvia la había encerrado en su casa y escuchaba un cdé con una recopilación de música pop que se había comprado el día anterior. De repente, una de las canciones la sacudió en su silla: el ritmo tenía una potencia que nunca antes había oído. Kim miró la cubierta del cd: el grupo se llamaba Bone Thug-n-Harmony y sonaba completamente diferente. Le acababa de descubrir el hip-hop, y tuvo la sensación de que desde entonces nada sería igual.

Le empezó a averiguar quiénes eran esos cantantes, qué otros grupos hacían canciones parecidas. Las buscó por todas partes: no era fácil encontrarlas. Al principio sólo le importaban las melodías; después necesitó saber qué decían sus letras. No conseguía entenderlas; alguien le dijo que si se iba a un cibercafé podía encontrarlas en Internet. Su inglés no era tan bueno: con dificultades, empezó a entender que hablaban de la vida de los negros en los Estados Unidos, de delitos, de

drogas, de sexo, de dinero, de incompreensión social y enfrentamientos con la policía.

En Vietnam tenemos muchas canciones, por supuesto. Pero las letras son tontas, ninguna habla sobre la vida real: son tan falsas. Cuando escuchas canciones vietnamitas, siempre oyes las mismas palabras: yeu –amor–, chia tay –separación–. Para mí fue un descubrimiento escuchar canciones que hablaban sobre la vida de la gente, de cosas reales, de libertad.

A esa altura, Le ya sabía qué quería hacer con su vida: sería una rapera, una cantante de hip-hop. En esos días se compró, por primera vez en su vida, un libro: era un diccionario inglés-vietnamita que le sirvió para entender mejor esas canciones. Le se pasaba varias horas por día escuchando, cantando esas canciones a todo volumen: sus padres no soportaban tanto ruido, y le dijeron que sólo podría escucharlas cuando ellos no estuvieran. A su hermana tampoco le gustaban; Le se sentía sola, pero cada vez más convencida.

Algunos cantantes pueden decirte que el camino hacia la música es difícil, pueden inventar historias. Pero para mí no fue así. Mi hermana cantaba en una banda pop de chicas, y le preguntó al patrón de la compañía discográfica si podía tomarme una prueba.

“Escribí una canción sobre lo que pasa en el colegio. Las canciones de siempre hablan de colegios bonitos, estudiantes encantadores, de la inocencia adolescente. Pero mira la realidad: los estudiantes tienen sexo, roban...”

Le se preparó. Se puso muy nerviosa, pero trató de calmarse. Aquella mañana cantó una canción de Tupac, *Thugz Mansion*: “Mierda, cansados de que nos disparen./ Cansados de que la policía nos persiga y arreste./ Los negros necesitamos un lugar donde vivir./ Un lugar que sea nuestro, sólo para nosotros”. Mientras cantaba tenía la sensación de que no le prestaban demasiada atención. Cuando terminó, el patrón le dijo que descansara un rato. Le estaba segura de que había fallado, y su hermana trató de tranquilizarla: “No te preocupes, siempre podemos intentar en otro lado”.

Pero esa tarde el patrón la llamó y le propuso que hicieran una prueba más larga, de dos meses. La pusieron a cantar otras can-

ciones —primero en inglés, después en vietnamita—, le enseñaron a moverse y bailar sobre un escenario. El productor que la entrenaba le dijo que si quería convertirse en cantante, antes que nada tenía que aprender a complacer a la audiencia, a cantar las canciones que le gustan al público. A veces Le se entristecía; otras, pensaba que era un sacrificio que tenía que hacer para ser lo que quería.

El día que se vencía el plazo el patrón de la compañía le dijo que estaba contratada. De vuelta en su casa, Le se miró al espejo y decidió que desde entonces se llamaría Kim. No lo podía creer: lo que todas las chicas querían, ella lo iba a tener a sus catorce años. Iba a ser famosa, admirada, deseada: una cantante. Pero también estaba preocupada:

Me daba miedo no poder manejarlo, yo era muy chiquita. Y las primeras veces que tuve que cantar en público me asustaba la gente mirándome ahí abajo. Pero también me daba miedo volverme una cantante pop, yo que quería ser una cantante de hip-hop.

Sobre todo, Kim no quería cantar las mismas canciones de amores blancos, separaciones y reencuentros que había escuchado tantas veces.

Quería hablar de la realidad. Yo hablo de la vida que hay a mi alrededor. Mi primera

canción hablaba de cuánto amo el hip-hop. No funcionó. No atraía al público. Pero seguí escribiendo sobre nuestras vidas. Escribí una canción sobre lo que pasa en el colegio. Las canciones de siempre hablan de colegios bonitos, estudiantes encantadores, de la inocencia adolescente. Pero mira la realidad: los estudiantes tienen sexo, roban, hacen cosas malas. Nadie escribe sobre eso, sólo sobre cosas lindas. Como compositora, escribo también sobre esas otras cosas.

El desarrollo económico ha hecho que los jóvenes vietnamitas tengan mayor autonomía, mayor movilidad, más lugares de encuentro; un estilo de vida que puede exponerlos a una iniciación sexual más temprana. Pero para muchos el sexo sigue siendo tabú. En una investigación reciente, más de la mitad de los encuestados pensaba que los métodos anti-conceptivos son sólo para gente casada.

Por eso escribo sobre el sexo entre adolescentes, sobre el embarazo. A las chicas les gustan los chicos populares de la clase. Deben ser ricos, fumar, tener una actitud cool. Y cuando se enamoran, el chico dice: “Si me amas en serio, tenemos que tener sexo”.

¿Crees que es malo para los adolescentes tener sexo?

Bueno, no es algo malo. Depende de lo que piensas. Si piensas que tu novio es bueno, una persona confiable... Pero son adolescentes, tú y él. Él no tiene trabajo, y tú puedes quedar embarazada. Él no podrá hacerse cargo de ti porque vive con sus padres y no tiene trabajo...

Kim no era intransigente: en sus recitales mezclaba algunas canciones pop con sus temas de hip-hop; sin dejar de complacer a su público, les mostraba las canciones que realmente le importaban. Y, de a poco, se iba imponiendo como la principal cantante de hip-hop vietnamita. Kim canta en inglés con un acento que combina Harlem y Vietnam, y no le parece contradictorio cantar canciones estadounidenses. Después de todo, la guerra ocurrió hace mucho tiempo:

Muchas cosas ocurrieron para cicatrizar la guerra. Es como cuando el sol brilla después de la lluvia. Me gusta la tolerancia y el perdón. Perdonar forma parte de mi personalidad, y me gusta que otros perdonen. La guerra se ha vuelto algo del pasado. ¿Por qué mirar al pasado y no al futuro?

Su primer disco, *Kim*, se publicó en septiembre de 2006, y se vendió bien. Sus canciones sonaban en la radio y alguna llegó



a estar entre las primeras de las listas. Kim hacía recitales, cantaba en televisión, representaba a su país en festivales internacionales. En esos días, una ONG holandesa, Medical Committee Netherlands, le hizo una propuesta diferente: que trabajara con un grupo de ex drogadictas HIV positivas que querían armar una banda de música. Kim las alentó a rapear sus propias historias para contárselas al público: así se formó Cactus Blossoms.

Fue realmente emocionante, entendí cómo podía ayudar a otras personas con la música. Esas mujeres contaban cómo se habían infectado, cómo era vivir con HIV, discriminadas, estigmatizadas. Había gente que lloraba cuando las escuchaba.

Kim también tuvo que enfrentarse a la incompreensión: sus padres y sus amigos le decían que tuviera cuidado cuando estaba con ellas, que no se acercara, que no las tocara.

La mayoría de la gente no sabe nada sobre el HIV/SIDA, creen cosas equivocadas. Por eso me pareció bueno hacer ese trabajo, para que se enteren de la verdad sobre estas cuestiones.

No fue tan fácil: algunas de las Cactus Blossoms pidieron que su espectáculo no se diera en televisión, por miedo de que sus parientes fueran discriminados.

En 2007, un tema de Kim, *Playing Hard*, fue seleccionado como la canción oficial de la Asian Football Cup: fue un respaldo importante. Kim tiene cada vez más difusión pero

no termina de despejar sus dudas: sus productores le piden que sus conciertos sigan incluyendo canciones pop, para no decepcionar a esa parte de su público, y ella, pragmática, por ahora lo acepta. Su próximo álbum tendrá dos o tres de esas canciones.

¿Por qué?

Me preocupa el público. Tengo que preocuparme por él.

¿Para vender más discos?

Sí. Hago hip-hop para adolescentes, pero los mayores no quieren escuchar eso. Y yo quiero que ellos también compren mis discos.

¿Te importa ser famosa?

Sí, a todos nos importa. ¿Quién no quiere ser famoso?

¿Y cómo te ves cuando tengas treinta años?

Huy, a esa edad ya voy a ser muy vieja para cantar. Pero me imagino con mucha plata, dueña de mi propia compañía de discos. Entonces tendré una casa muy grande y ayudaré a cantantes nuevos. Lanzaré

una línea de ropa y tendré suficiente espacio para que los chicos hagan deportes extremos... Pero no te voy a decir nada más, porque cuando uno cuenta los proyectos no se cumplen.

Hoy, Kim tiene algunos proyectos que sí están a punto de cumplirse. En los próximos meses va a grabar un videoclip y realizar una gira con canciones que tratan de violencia doméstica, sexualidad adolescente, salud reproductiva, con la colaboración del UNFPA. En esas canciones, Kim sigue hablando fuerte de esas cosas que la mayoría de los vietnamitas dicen, si acaso, en voz muy baja: "... Todos descubrieron su felicidad:/ es su propia familia./ ¿Por qué formamos familias?/ Para tener algo que amar./ Y no... Yo... Por favor, miremos los ojos de esos chicos./ ¿Qué ven?/ Yo sólo veo las lágrimas de los chicos heridos./ ¿Es esa la casa que esperas?/ ¿O parece el derrumbe causado por un huracán?/ Vamos, piensa, ¿es esa la casa del dolor?/ Los padres parecen civilizados, pero dentro esconden mucha tortura./ Golpean a sus chicos, los amenazan, y nadie se preocupa por ellos...".

Kim canta con un ritmo infernal y una mezcla de enojo y compasión en la mirada. A veces, dice, se olvida de que tiene diecisiete años, pero en general Kim se sigue viendo como una chica normal, que va a la escuela,

hace sus tareas, canta sus canciones y sale con sus amigos.

¿Y tienes novio?

No.

¿No tienes ganas?

Sí, tengo. Pero cuando me gusta un chico, no sé cómo acercarme, qué decirle. Por eso el chico no se entera de que me gusta. Y hay otros a los que les gusto, pero a mí ellos no. Así que en realidad no sé qué hacer para tener novio...

LA CULTURA POPULAR JUVENIL ENFRENTA EL MUNDO

La comunicación global, Internet y la televisión están cambiando el modo en que crecen los jóvenes. Un informe de las Naciones Unidas habla de una "cultura juvenil manejada por los medios de comunicación globales".¹ Ésta está apareciendo en todas partes del mundo, especialmente en pueblos y ciudades. La cultura juvenil mundial ofrece a los jóvenes un marco de referencia para sus preguntas acerca del mundo adulto mientras exploran la cultura de sus familias y comunidades.²

Los jóvenes de todo el mundo están desarrollando aspiraciones, valores y actitudes que a veces están en contradicción con las tradiciones de su cultura. En cualquier lugar donde los jóvenes tienen poder de compra y acceso a los medios se encuentran bienes de consumo específico y marketing dirigido a ellos.³ Estos bienes de consumo y estilos de vida, y las influencias culturales centradas en las estrellas de la música, el cine, la moda y el deporte han generado entre los jóvenes una conciencia compartida y nuevos modelos y formas de contacto social.

Mediante videos, mensajes de texto y salas de chat, los jóvenes se expresan de maneras que suelen excluir a los adultos.⁴ Este proceso desafía y rompe con la tradición, cuestiona y altera las estructuras de autoridad.⁵

Al mismo tiempo, perduran grandes diferencias dentro de cada país y entre países, y las relaciones intergeneracionales se modelan todavía en buena medida en el nivel local.⁶ Los jóvenes utilizan, adaptan e interpretan los mensajes y

productos de los medios de comunicación globales de modos especiales que se basan en sus propias culturas locales y nacionales y en sus experiencias personales, y en ese proceso crean formas culturales híbridas.⁷ Como lo demuestra la historia de Kim, el hip-hop puede haberse originado en los Estados Unidos, pero se ha transformado en algo diferente en otros lugares del mundo.

De modo que la cultura juvenil es al mismo tiempo un fenómeno global y una respuesta y adaptación local a ese fenómeno. Esto plantea la pregunta de a quién pertenece la cultura juvenil, y en qué medida es producida por los mismos jóvenes o la produce para ellos la industria global de los medios de comunicación. Hasta hace poco, un puñado de corporaciones dominaba la industria musical global, pero el público y la crítica acusaban a la música popular de ser demasiado comercial o falsa.⁸ Ahora Internet ha cambiado el mercado más allá de la capacidad de control de las corporaciones, ofreciendo una oportunidad para que músicos y pequeños empresarios accedan a audiencias limitadas pero sumamente particulares. En esta y en otras áreas, los jóvenes están encontrando modos de satisfacer sus gustos individuales.

Hay muchos ejemplos de artistas que han utilizado su arte para transmitir mensajes sociales, de la misma manera en que Kim canta a sus seguidores vietnamitas sobre equidad de género y empoderamiento de las mujeres. Los famosos de la música, el cine y los deportes se han transforma-

do en voceros de problemas sociales y causas humanitarias, e influyen en el debate y la acción sobre ellos, y en su propio estatus ante su audiencia global. Su popularidad puede ayudar a dar más relieve a temas específicos y captar la atención de los medios de comunicación masivos y las audiencias juveniles. Entre los embajadores de buena voluntad del UNFPA se incluyen una ex Miss Universo, Mpule Kwelagobe, y Mary Banotti, representante irlandesa en el Parlamento Europeo. Varias agencias de las Naciones Unidas apoyaron la campaña "Staying Alive", lanzada por Music Television International (MTV), que transmitía a los jóvenes mensajes acerca de la prevención del VIH.

Para quienes tienen acceso, hay una cantidad ilimitada de material provisto por los medios de comunicación; pero cantidad no significa necesariamente calidad o variedad. Compensar el poder de los productores globales y asegurar que los jóvenes puedan crear, compartir y utilizar material que se adecue a sus propios gustos requiere apoyo a la innovación y regulación tanto de los prestadores públicos como de los comerciales. Los jóvenes, al igual que los adultos, no deberían estar expuestos a contenidos perjudiciales o a materiales que no hayan elegido. Pero al mismo tiempo, los argumentos acerca de la vulnerabilidad de los jóvenes no justifican negarles acceso al conocimiento y el poder. Los productores de material cultural deberían reflejar las perspectivas de los jóvenes. Deberían ser responsables ante las audiencias a las que proclaman servir.



Seif

CONSTRUCTOR DE PAZ PALESTINO:
UN CHICO NORMAL SIN UN PAÍS

Seif es un chico tan normal. Él lo repite una y otra vez:

Nosotros somos chicos normales, como todos los chicos. La situación alrededor puede ser distinta de otras, nuestras ideas a veces pueden ser distintas, pero antes que nada somos chicos, chicos como todos los chicos.

Seif nació en 1991 en Jerusalén y vive en Birzeit, un pueblo de Cisjordania a treinta kilómetros de esa ciudad. Su madre trabaja en una ONG que gestiona microcréditos para mujeres palestinas; su padre es un ingeniero que participa en algunas de las construcciones más importantes de la región. Seif es un hijo de esa clase media ilustrada que los palestinos han mantenido a través de todas sus dificultades.

Y tenía una vida normal: iba a una escuela cuáquera bilingüe, jugaba al fútbol y a la computadora, miraba *Tom & Jerry*, dibujaba, se peleaba con su hermana mayor, estudiaba lo menos posible. Seif siempre miraba las noticias, porque su padre las miraba, así que

desde muy chico supo que en su país había problemas, pero la primera vez que entendió que estaba sucediendo algo terrible fue aquella noche de septiembre de 2000, cuando la violencia estalló en Jerusalén. Al día siguiente se extendió a la Franja de Gaza y Cisjordania, y empezó la Segunda Intifada.

Antes de eso éramos libres. Había conflicto, pero no lo sentíamos como ahora. La vida era distinta antes de todo eso.

Seif tenía nueve años. Unos meses más tarde, una mañana, descubrió que su escuela, de pronto, estaba mucho más lejos. Su escuela estaba a unos ocho kilómetros de su casa, en Ramallah, la sede de la autoridad palestina. Seif solía ir en un taxi con su hermana. Pero aquel día un control israelí en la carretera les cortó el camino: desde entonces, cada mañana durante varios años, Seif y su hermana tuvieron que bajarse del coche, pasar un control militar, caminar un kilómetro de carretera vacía bajo el sol, esperar

en fila para pasar otro control y, recién allí, buscar otro taxi del otro lado.

Yo era un chico que solamente quería ir a la escuela, y de pronto me encontraba con un soldado que me apuntaba con una ametralladora y me daba órdenes.

Alrededor del puesto de control solía haber pedradas, corridas, disparos: los jóvenes de la zona participaban de eso.

¿Tú estabas de acuerdo con ellos?

Sí. Estaban defendiendo sus hogares. Quién sabe qué les habría pasado. Quizás un hermano o su padre habían estado en la cárcel...

¿Y tú tirabas piedras?

Seif se calla un momento y después habla muy bajo. Con su barbita y sus ojos serenos parece bastante mayor que sus diecisiete años, salvo cuando tropieza con una pregunta que

no puede o no quiere contestar, y sonrío como el chico que es. Al final dice que no, que no lo hizo.

¿Por qué?

Quizá tenía miedo, no sé. No quiero hablar de eso.

“A mí siempre me gustó la idea de ser el que enseña, el que organiza, el que maneja... Me gusta poder decirles a los demás lo que sé, contarles cómo hacer las cosas”.

Pero se queda pensando y dice que tirar piedras no va a conseguir nada: “Puedes lastimar a un soldado, dos soldados, pero ellos tienen ametralladoras, qué les vas a hacer. No es una buena manera. No sirve”. Algunos de sus amigos sí participaban de los enfrentamientos. En Cisjordania todos cuentan historias sobre algún chico que se pasó meses en la cárcel por tirar piedras.

¿Y charlabas con tus amigos sobre el conflicto?

Siempre. Hubo una época, cuando yo tenía doce, trece años, que parecía que era lo único de lo que hablábamos.

La familia de Seif es católica ortodoxa, aunque no son muy practicantes. Pero su abuela le contaba historias de Jesús antes de dormir, su hermana iba a la iglesia, y Seif solía ir también. Aunque ahora ya no va: “Quizá me aburrí”, dice; “yo quiero ir, pero siempre se me ocurre algo mejor que hacer”. Y además hace ocho años que no ve a sus abuelos: ellos viven en la Franja de Gaza y, desde que empezó la Segunda Intifada, las dos partes de la familia no han podido verse.

Pero sigues creyendo en Dios.

¡Por supuesto!

¿Y por qué hay tantos conflictos en tu tierra?

No sé... La vida es así. Tienes que enfrentar estas cosas. En el Paraíso no te vas a encontrar con estas cosas, pero aquí en la Tierra tienes que pasarlas. Es como un examen para ver si puedes ir al Paraíso o no.

Los cristianos son menos del dos por ciento de los cuatro millones de palestinos, y los católicos son una minoría dentro de la minoría. La mayor parte de la población es musulmana. Seif dice que en su pueblo no hay problemas

entre las dos religiones, que todos se conocen y se tratan bien. Pero ni las familias cristianas ni las musulmanes suelen aceptar que sus hijos e hijas se casen con alguien de otra religión, por ejemplo, y se cuentan muchas historias de crímenes cometidos para lavar el “deshonor” de una pareja mixta.

O sea que cuando quieras buscar novia te tienes que limitar al dos por ciento de la población, una de cada cincuenta chicas. Tus posibilidades disminuyen mucho.

Seif se ríe y dice que no lo había pensado. Pero ahora mismo no le importa: desde hace unos meses está de novio con una compañera de clase —católica. Seif y su novia salen a pasear juntos, pero no de la mano: sería una provocación, dice, mucha gente se sentiría molesta y podría reaccionar.

Hace tres años la situación en Cisjordania se alivió y Seif tuvo la sensación de que su vida volvía a ser casi como antes: él y sus amigos cada vez hablaban más de deportes, de música, de *Star Academy*, de las chicas. Seif, ahora, está en el último año de la escuela y hace muchas cosas normales: mira la tele, pasea o chatea con sus amigos, con su novia, juega al basketball, baila en un grupo de *dabkeh*, una danza tradicional palestina:



Me gusta, y me permite expresar mi amor por mi país, por nuestra cultura.

A veces incluso visita Jerusalén, tan cerca y tan lejos. Sus padres no están autorizados, así que él va, de tanto en tanto, con su hermana. Igual es complicado: tienen que pedir un permiso a las autoridades israelíes, y nunca están seguros de conseguirlo. También dibujó mucho: sobre todo a Handala. Handala es un personaje muy conocido en Palestina, creación de Naj Al-Ali, un caricaturista famoso: un chico refugiado, pobre, descalzo, que siempre aparece de espaldas, como enojado, ante escenas de la realidad; Handala las mira,

se calla, ejerce la crítica de su mirada silenciosa. Seif lo admira y reproduce:

Handala es como la conciencia de los palestinos.

Desde sus seis años, Seif siempre fue a los campamentos de verano que organizaba la iglesia católica de Birzeit: allí los chicos hacían música, deportes, artes, juegos, bailes. Y el año pasado hizo un curso para ser líder en uno de esos campamentos.

A mí siempre me gustó la idea de ser el que enseña, el que organiza, el que maneja.

Así que te gusta estar a cargo y compartir cultura...

Sí, me gusta. Me gusta poder decirles a los demás lo que sé, contarles cómo hacer las cosas.

Seif es vicepresidente del consejo de su escuela, y querría hacer algo semejante en la Universidad de Birzeit, una de las más prestigiosas de Palestina, donde piensa estudiar. En el 2007 fue seleccionado entre muchos para representar a los chicos palestinos en un debate alrededor del Reporte Graça Machel sobre Niños y Conflicto en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York. El viaje fue largo: Seif tuvo que ir a tomar el avión a Amman, capital de Jordania, porque los palestinos de Cisjordania tienen prohibido usar los aeropuertos israelíes. Pero la llegada a Nueva York fue uno de los grandes momentos de su vida:

Yo lo había visto, por supuesto, en fotos, en películas, pero nunca imaginé que los edificios fueran tan altos, tan inmensos...

En Nueva York, Seif contó cómo los chicos palestinos sufrían por la guerra. Dijo, sobre todo, que había muchos chicos que iban a clase y que, de pronto, habían quedado del

otro lado del muro de separación que los israelíes habían construido en su país y no habían podido volver a sus escuelas. “¿Cuál era la culpa de esos chicos?”, preguntó. “¿Qué mal podían haber hecho para que, de pronto, los castigaran separándolos así de sus escuelas, de su educación, de su futuro?”

La educación y el debate están entre sus intereses centrales. Últimamente Seif ha dado unos cursos organizados por la YMCA para chicos de la región: allí discuten sobre cuestiones de género –“muchos creían que las mujeres son inferiores, pero al final aceptaron que son iguales a los hombres”–, sobre las drogas y el cigarrillo –“convencí a algunos de que no fumaran, estuvo muy bien”–, sobre el HIV/SIDA –“ése fue para contarles sobre los cuidados y precauciones”– o sobre cómo respetar al otro, al que piensa distinto, “porque antes que nada somos todos personas con la misma cultura, más allá de ser cristianos o musulmanes, *fatah* o *hamas*, lo que sea”. Pero hay un tema que le preocupa por encima de todo:

*Yo no sé qué va a pasar con mi país.
Nosotros somos gente normal, pero como
vivimos bajo ocupación, tuvimos que
hacer cosas que nunca habríamos hecho.*

Por su dedicación al trabajo comunitario, por educación y por elección, Seif privilegia

el diálogo, la comprensión. Pero la participación civil tiene un límite: la situación de conflicto en que vive a menudo no le ofrece la posibilidad de poner en práctica esos valores respecto a su país.

El año próximo Seif va a ir a la universidad a estudiar arquitectura, porque quiere hacer casas para sus compatriotas y quiere ser un muchacho normal. Y también quiere seguir haciendo sus campamentos, sus charlas, y bailando *dabkeh* y jugando al basket y saliendo con sus amigos. Y quiere intervenir en la política universitaria y quizás, algún día, en la de su país.

Sí, a veces pienso que me gustaría. Pero claro, para eso tendría que tener un país... Ése es nuestro problema.

Mientras tanto, Seif seguirá trabajando para construir la base de una sociedad pacífica en su país. Y quizás muy cerca, en Israel, un chico normal como él también esté pensando en comprometerse, en construir la base de una sociedad pacífica en su país. Un día, tarde o temprano, los dos estarán felices de ver juntos el resultado de lo que cada uno ha conseguido para construir el cambio desde adentro.

JÓVENES QUE PROMUEVEN UNA CULTURA DE PAZ

Los Territorios Ocupados Palestinos están entre las escasas zonas del planeta donde la gente vive bajo ocupación. Los jóvenes que viven bajo ocupación sufren esa violencia. El conflicto armado roba a muchos jóvenes sus familias, la seguridad, la educación, la salud, el empleo y las oportunidades para el desarrollo.

En el curso brutal de la guerra, los jóvenes son reclutados o forzados a entrar en las milicias. Sufren asesinatos y mutilaciones, violencias sexuales, la prostitución, el desplazamiento, la separación de la familia, el tráfico y el arresto ilegal. Los costos indirectos de la guerra también impiden el desarrollo de los jóvenes: menos agua, sanidad, salud y educación y más pobreza, malnutrición y enfermedad.

Ha habido una amplia preocupación por el papel de los jóvenes como perpetradores de violencia. El predominio de los jóvenes en la pirámide poblacional puede hacer que los países sean más susceptibles a la violencia política, en particular cuando los jóvenes están excluidos del desarrollo, desempleados y desplazados hacia los márgenes de la sociedad.¹ Los jóvenes con pocas oportunidades de desarrollo son un blanco fácil para el reclutamiento por parte de grupos violentos.^{2,3}

La naturaleza de los conflictos ha cambiado. Hoy son mucho más comunes los conflictos internos de baja intensidad que las guerras entre países. Si se consideran esos conflictos internos, el número de

conflictos mundiales ha crecido de 30 a 56 en los últimos diez años.⁴ Pero la violencia también puede ser resultado de una ocupación de largo plazo, que impide a generaciones de jóvenes experimentar la autodeterminación, y así despoja a ellos y a sus familias del sentido de la dignidad.

El examen estratégico realizado a diez años del Reporte Graça Machel sobre Niños y Conflicto identifica algunas de las prioridades en la protección de niños y jóvenes en situaciones de conflicto:⁵ (1) implementación universal de normas y estándares internacionales para terminar con la impunidad; (2) cuidado y protección de niños y jóvenes en conflictos armados; (3) fortalecimiento de las capacidades y el trabajo conjunto; y (4) prevención del conflicto y construcción de paz. En esta última área, afirma el examen, debe reconocerse a los jóvenes como participantes naturales en los procesos de pacificación y construcción de paz. Invertir en educación, salud, empleo y bienestar general para los jóvenes también es esencial para la construcción de paz y la prevención del conflicto.

Muchas iniciativas han partido de la base de reconocer que el dinamismo de los jóvenes puede transformar las situaciones de conflicto y establecer los cimientos de sociedades democráticas y pacíficas. Por ejemplo, la Red Unida de Jóvenes Constructores de Paz, una red global de jóvenes y organizaciones juveniles, ha organizado encuentros internacionales de grupos de trabajo, seminarios de formación en la construcción de paz y conferen-

cias.⁶ La Red de Jóvenes Constructores de Paz de la Zona de los Grandes Lagos opera en las áreas de conflicto y post-conflicto de Burundi, República Democrática del Congo, Kenia, Ruanda, Tanzania y Uganda.⁷ UNESCO promueve la participación de los jóvenes en la construcción de paz a través de foros juveniles y una iniciativa que se incluye en todos sus programas educativos, llamada "Aprender a vivir juntos: promover el diálogo para la paz y la reconciliación".⁸ La mediación cultural y la deconstrucción de estereotipos son una parte intrínseca de este proceso. Las redes de jóvenes que auspicia el UNFPA también demuestran cómo movilizar la energía, el dinamismo y el entusiasmo de los jóvenes de todas las culturas crea oportunidades para aumentar la conciencia acerca de cuestiones esenciales como la salud, la seguridad física y la educación.

La participación de los jóvenes, ya sea en la construcción de paz o en el desarrollo de largo plazo, es importante para cualquier sociedad que padezca violencia armada u ocupación. Construir una cultura de paz en las mentes juveniles y junto con ellas es la base para alcanzar una paz sostenible.



Leire

FUNCIÓNARIA DEL GOBIERNO ESPAÑOL:
ESTRELLA EN ASCENSO EN UN NUEVO HORIZONTE

Sus padres estaban nerviosos. Iban, venían, se sentaban frente al televisor, se levantaban, hablaban por teléfono, se volvían a sentar. Leire sabía que algo grave estaba sucediendo pero no conseguía saber qué era. Tenía cuatro años y la democracia española, tan reciente, estaba en peligro: un oficial de policía había tomado el Parlamento, y el Ejército amenazaba con apoyar el golpe. Los padres de Leire eran maestros, socialistas, vascos. Esa noche, en su casa, nadie se fue a dormir hasta que, ya muy tarde, los rebeldes depusieron las armas.

Todavía lo recuerdo muy claro, yo veía que todos estaban nerviosos y me preocupaba...

Leire vivía con sus padres y su hermana mayor en Andoain, un pueblito cerca de San Sebastián. Desde muy chica sus padres la llevaban a mítines y manifestaciones, y Leire ni siquiera se aburría: eran paseos llenos de voces, de colores. Pero cuando tenía siete años, sus padres decidieron cambiar el cielo

gris y la violencia del País Vasco por el sol y la calma del Mediterráneo.

En Benidorm, Alicante, Leire era una niña activa, entretenida –“buena estudiante pero no empollona”– que, ya antes de cumplir once años, era la delegada de su clase: la que representaba a sus compañeros frente a las autoridades. Por eso sus amigas le propusieron que se presentara a las primeras elecciones para consejera escolar. Leire pensó un lema para su campaña: “Acierta en el blanco”, y diseñó un cartel con el dibujo de una diana.

Así empezó, para Leire, “esta inquietud por tener voz y por representar la voz de otros para cambiar las cosas”. Pero también le gustaba salir con amigos, ir a la playa, hacer deportes. Y su vocación, pensaba, era escribir: había ganado algún concurso y estaba segura de que a eso se dedicaría cuando fuera grande.

A sus quince años, Leire entró al colegio secundario y, muy poco después, a dos instituciones que la definirían: las Juventudes

Socialistas y el Consejo de la Juventud de su ciudad. En el Consejo, Leire trabajaba para conseguir más actividades culturales, más espacios deportivos para los jóvenes de Benidorm y, sobre todo, más trabajo.

¿Por qué decidiste militar en un partido político, una actividad bastante desprestigiada entre los jóvenes?

Bueno, está la parte que he mamado en casa, mis padres siempre han sido socialistas, progresistas.

Muchas veces los hijos hacen lo contrario que sus padres...

Sí, claro, pero en mi caso no fue así. Ya desde muy jovencita siempre tuve muy claro que mi posición ideológica era la izquierda. Y eso que el contexto no ayudaba: mi generación, la primera nacida en democracia, es muy distinta de las anteriores y entonces sólo había conocido

un gobierno, el socialista. Por lo cual no sólo se había distanciado de la política sino también de ese gobierno socialista, que ya estaba bastante desgastado. Por eso tenía quizá más mérito militar en las Juventudes Socialistas.

Leire participó en las movilizaciones de jóvenes que pedían el fin del servicio militar obligatorio y que, al fin, lo consiguieron. Y mientras tanto seguía haciendo, como siempre, muchas cosas: entre ellas, una revista de colegio.

"... alguna vez que he hecho una pregunta en la Cámara, un miembro del gobierno conservador me dijo que yo no tenía edad para preguntar eso."

¿Y tus amigos te burlaban por militar en un partido?

No, quizá me veían un poco raro, pero nunca he sentido un ataque de su parte. Si acaso curiosidad, cierta pena por la falta de tiempo... pero también hay amigos que te admiran por tu compromiso político.

Cuando Leire terminó el colegio, decidió estudiar periodismo. Sólo que en la universidad de su comunidad autónoma no existía y cuando quiso anotarse en Madrid le dijeron que los estudiantes forasteros necesitaban más

puntaje que los locales, y no le alcanzó: Leire todavía se indigna cuando recuerda "aquella injusticia" y se sonríe cuando dice que "bueno, ya lo solucionamos".

Así que entró a estudiar sociología en la universidad de Alicante. Allí fundó una asociación de estudiantes, Campo Jove, de la que fue primera presidenta, mientras seguía en las Juventudes Socialistas, ahora como tesorera. Leire era puro entusiasmo, sabía cómo hablar con la gente, cómo organizar y organizarse. Se pasaba, cada día, muchas horas dedicada a sus actividades políticas. Cuando tenía veintiún años la nombraron en la dirección regional del Partido Socialista Obrero Español. Que, en esos días, atravesaba su peor momento: en 1996 había sido derrotado y apartado del poder por el Partido Popular; su jefe histórico, Felipe González, había renunciado a su liderazgo.

¿Cómo era ser la pequeña en esa dirección?

Al principio fue un reto: todo te parece nuevo, no tienes claro que te vayan a hacer caso... para que mi voz se escuchara tenía que hacerla escuchar.

¿Por qué apostaron por ti?

Porque era una referente estudiantil, de las Juventudes, supongo que ese era un valor que tuvieron en cuenta.

¿Y para cumplir con la cuota de jóvenes y de mujeres?

Yo nunca he tenido ningún complejo respecto a las cuotas. Siempre he sido una firme defensora de ese mecanismo, sin el cual las mujeres nunca podríamos haber demostrado lo que valemos o dejamos de valer, porque los que elegían seguían siendo hombres y nosotras siempre estuvimos excluidas del ámbito del poder. Y nunca he tenido complejo sobre ser mujer cuota o dejar de serlo, porque siempre he entendido que esos mecanismos nos han ayudado.

Leire tenía veintidós años la primera vez que habló en un mitin de campaña. Se puso muy nerviosa. Se preparó un discurso, lo ensayó, estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para que saliera bien. Y habló de los problemas que tenía Benidorm, de la importancia de la participación, de que los jóvenes fueran a votar y de un compañero que acababa de morir. Y terminó dedicándole un poema de Mario Benedetti.

"Si te quiero es porque sos/ mi amor mi cómplice y todo/ y en la calle codo a codo/ somos mucho más que dos."

Leire terminó muy emocionada, y el público también: había pasado su primera gran prueba.

Pero después de todos los problemas que tuvimos en esos años en el partido, nunca me creí que la política fuera sólo cosas bonitas. Es más, justo después de eso me marché a Irlanda: hice un cambio radical.

Aquel verano se lo pasó fregando platos en un pub de Dublín, aprendiendo inglés, rumiando su futuro.

Y ni se me ocurrió que menos de un año después podría llegar a ser diputada.

Leire había decidido hacer un máster en la universidad y estaba por firmar el contrato de su primer trabajo estable en una agencia de publicidad. Pero la noche anterior, su partido le ofreció una candidatura a diputada nacional. Aquella noche Leire no pudo dormir. La desvelaron, por supuesto, la excitación, el privilegio de esa propuesta, la perspectiva de un cambio de vida. Pero también la idea de que serían cuatro años de su vida, quizás ocho. ¿Y después qué?

Como nunca pensé mi vida en términos de carrera política, y siempre pensé que los políticos también tenemos que hacer otras cosas, aquella noche no conseguía imaginar cómo iba a poder rearmar mi vida después de esos ocho años.

Leire aceptó y se pasó aquel invierno recorriendo los pueblos de su región en su coche-cito verde, con un par de compañeros más:

Para mí fue una experiencia intensa, inolvidable. Fue una campaña dura, la gente nos recibía con mucha frialdad. Yo recuerdo algún mitin en que la gente no es que no aplaudiera, es que no sonreía.

Leire consiguió su puesto en el Congreso en las peores elecciones de la historia del PSOE. El partido estaba en crisis. Su secretario general renunció esa misma noche ante las cámaras de televisión.

No era un momento feliz, había gran convulsión interna. Fue un momento que me hizo madurar mucho, pero muy difícil. No siempre eran debates sobre las políticas sino peleas de poder.

¿Te sorprendió?

Bueno, ya lo conocía. Pero sí te sorprende cómo, si uno se deja llevar, se puede alejar mucho de la ciudadanía.

Aquella noche también empezaron otros cambios en su vida. Pocos días más tarde la prensa descubrió que había una diputada socialista por Alicante que era la más joven de

la historia de España y era, además, una mujer. Allí empezó la vorágine de Leire: de pronto, se había convertido en una figura nacional.

Yo sentía una gran responsabilidad generacional: la sensación de que si lo hacíamos bien le abríamos la puerta a una generación.

¿Y no te cabrea ver que tantos jóvenes de tu generación no participan en política?

No, porque hay muchas formas de participar. Yo no quiero juzgar a los demás: cada uno decide qué hace. Yo nunca he creído eso de que los jóvenes de hoy pasan de todo porque no militan en un partido político: es un estereotipo muy injusto. Mi generación ha demostrado muchas veces su compromiso con el país a través de una participación política, aunque no partidaria: en las manifestaciones contra la guerra o yendo a limpiar el petróleo de la costa cuando el naufragio del Prestige o yendo a votar masivamente en el 2004... Hoy hay muchas formas de participar, muy distintas de hace veinte años.

Leire dejó la casa de sus padres y se mudó a Madrid. En el Congreso tuvo que acostumbrarse a muchas cosas: a esas intervenciones que no podían durar más de tres minutos, a

una catarata de términos técnicos, a las discusiones y negociaciones fuera de tablas. Y, también, a cargar con su cruz de mujer joven.

Ser mujer y ser joven me obligaba a demostrar doblemente que merecía estar donde estaba. A un joven lo juzgan más que a un adulto, y a una joven la juzgan más que a un joven. Había periódicos que hablaban de mi edad y de mi físico; alguna vez que he hecho una pregunta en la Cámara un miembro del gobierno conservador me dijo que yo no tenía edad para preguntar eso.

Leire les contestaba sin tapujos. Y después, cuando se le pasaba el enojo, se reía: esos exabruptos le resultaban una prueba evidente de la desconexión de sus adversarios con la juventud, de que los suyos iban por mejor camino. Además, en su primer día en el Congreso había conocido a un joven diputado por León, José Luis Rodríguez Zapatero, que le dijo, con una sonrisa, que él también había sido el diputado más joven. También la invitó a sumarse a un grupo de parlamentarios que quería debatir sobre el futuro del partido: tres meses después ese grupo se hizo con el control del PSOE y Leire fue designada en la Comisión Ejecutiva del partido.

En marzo de 2004, volvió a ser candidata a diputada por Alicante y el Partido Socialista consiguió una victoria resonante. Leire lo recuer-

da como uno de los días más felices de su vida: “No sólo porque ganamos las elecciones, sino también porque yo había tenido el privilegio de construir ese proyecto desde abajo, desde el principio”. Pocos días después Rodríguez Zapatero, el nuevo presidente de gobierno, la nombró secretaria de Estado de Cooperación Internacional. Ahora, más de cuatro años después, lo sigue siendo. En esos años el gobierno socialista duplicó el porcentaje de su presupuesto dedicado a la ayuda internacional; en 2008 Leire manejó alrededor de 5.000 millones de euros, unos 8.000 millones de dólares estadounidenses.

¿Cómo es tener poder?

Yo no siento que tenga poder; siento que tengo responsabilidad en la toma de decisiones. Lo digo con el corazón. Yo no me siento una mujer poderosa. Me siento una mujer con la responsabilidad de tomar decisiones y consciente de que las decisiones que tomo tienen repercusión en la gente.

¿Y un poquito de placer?

Sí, también. Cuando las cosas por las que peleas salen adelante: cuando ves un resultado, que algunas cosas se transforman, que tus ideas se van concretando en hechos.

¿Cuáles son esas ideas, muy en síntesis?

Muy en síntesis: libertad, igualdad, solidaridad, los conceptos típicos de la socialdemocracia. Para mí la política cambia el mundo, si no decides deciden por ti. El mundo en que vivimos no me acaba de convencer, sigue siendo un mundo injusto en muchos puntos, por ejemplo el del género: yo siempre he sido feminista y la igualdad entre hombres y mujeres tiene un valor fundamental.

Leire lleva la mayor parte de su vida adulta bajo examen público. Dice que por supuesto nadie la ha obligado a hacer lo que hace, y que se siente una privilegiada, aunque hay una contracara.

No tienes un horario, sabes cuándo entras pero no cuándo sales, tus vacaciones son muy difíciles de programar. Esto afecta tu vida personal, a la gente que te rodea. Y en las mujeres el problema es mayor porque tienes el tema de la maternidad, que lo hace más difícil. Yo pienso que hay que tener ratos para uno. No sólo por necesidad, sino porque para hacer bien tu trabajo tienes que seguir conectada a tu realidad.

(Cuando se hizo esta entrevista, Leire Pajín era secretaria de Estado de Cooperación Internacional. En julio de 2008 se convirtió en secretaria de Organización del Partido Socialista Obrero Español.)

FORJAR IDENTIDADES SOCIALES: BARRERAS CULTURALES Y OPORTUNIDADES PARA LA PARTICIPACIÓN DE LA JUVENTUD

Cuando los jóvenes se transforman en adultos tienen una mayor participación en la vida social, cívica y política. Conocen a otras personas fuera de sus familias inmediatas y trabajan con ellas, y al hacerlo encuentran sus propias identidades.

La Convención sobre los Derechos del Niño (1989)¹ establece que “todos los niños tienen derecho a expresar sus opiniones y a que se las tenga en cuenta en todos los asuntos que los afecten”. Asegurar que los jóvenes puedan ejercer sus derechos y alentar su participación contribuye al desarrollo tanto de los individuos como de las comunidades.

El género y la edad, así como el ingreso, la educación y los vínculos familiares, contribuyen a decidir quién puede participar. Los jóvenes, sobre todo las mujeres, están en particular desventaja: muchas sociedades impiden a las adolescentes y a las jóvenes tomar parte en la vida pública de su comunidad.

Cuando los jóvenes se transforman en ciudadanos activos, ayudan a sus sociedades a ver qué es culturalmente importante. Ellos extienden los límites de lo políticamente posible.² Los jóvenes no forman parte de las redes de alianzas y rivalidades de sus mayores, o de favores debidos y prestados. Son más receptivos a los valores y las visiones del mundo emergentes.³ Dar la bienvenida a los jóvenes a la vida pública “les enseña a olvidar aquello que ya no es útil y a codiciar aquello que aún debe ganarse”.⁴

Los jóvenes de ambos sexos se están abriendo paso en culturas políticas que tradicionalmente han valorado más la experiencia que la juventud, y a los hombres más que a las mujeres. Si bien pocos líderes jóvenes han llegado a alcanzar el nivel de poder político de Leire Pajín, ella demuestra los extraordinarios aportes que puede hacer un joven. Un número creciente de jóvenes participan en actividades cívicas, principalmente en el plano comunitario, pero cada vez más en el nivel nacional e internacional. Los jóvenes actúan como mentores de niños más jóvenes; educan a sus pares en programas de desarrollo; amplían las secciones juveniles de los partidos políticos; se transforman en activistas, emprendedores y líderes de nuevas iniciativas. Son muy valiosos para sus comunidades y son agentes activos del cambio.

Los gobiernos, la sociedad civil y las organizaciones internacionales están descubriendo la importancia de involucrar a los jóvenes en la toma de decisiones. Hoy los gobiernos incluyen a jóvenes en las delegaciones que envían a conferencias internacionales; éstas crean espacios para foros de jóvenes; las agencias internacionales buscan su asesoramiento.

El UNFPA, por ejemplo, tiene un panel juvenil global y paneles consultivos juveniles nacionales en más de 30 países, en los que los jóvenes hacen recomendaciones sobre los programas en curso.

En el nivel comunitario este reconocimiento ha sido lento, en particular en el caso de las adolescentes, pero esto está cambiando. Moldavia, por ejemplo, ha establecido consejos juveniles como foros de representación y empoderamiento de la juventud en más del 25 por ciento del total de sus localidades. Los jóvenes de Nicaragua han creado espacios para trabajar en el seno de sus culturas y participar en los consejos locales.

Las instituciones sociales deberían preparar a los jóvenes para la ciudadanía activa y ayudarlos a hacer contribuciones positivas a sus sociedades. Deberían considerar las distintas formas en que los jóvenes se comprometen con sus comunidades y los procesos por los cuales adquieren valores políticos y cívicos cuando comienzan a participar en la vida pública como adultos. Deberían educar a los jóvenes para aceptar la diversidad, y asegurarse de incluir a los jóvenes marginados, especialmente a las mujeres.

Generación del cambio: los jóvenes y la cultura

Las siete historias de este informe muestran los desafíos que enfrentan los jóvenes que crecen en la primera década del siglo XXI. Las historias muestran a Grita, Daniel, Tsehay, Kim, Jiigee, Seif y Leire en su vida cotidiana, cada uno de ellos trabajando para disfrutar y transformar su propio entorno cultural. Los enfoques para el desarrollo con sensibilidad cultural ayudan a los jóvenes a ser más eficaces en la transformación de los elementos perjudiciales de la cultura, y a celebrar al mismo tiempo los aspectos positivos que enriquecen sus vidas.

La experiencia cultural de los jóvenes es un híbrido de muchos elementos diferentes. Como los jóvenes no están limitados por las experiencias y los recuerdos de sus padres, generalmente son flexibles y dinámicos. Tienen el potencial para convertirse en agentes del cambio.

Las complejas corrientes de la cultura tienen fuertes efectos en los jóvenes, y pueden conducirlos a desafiar los estereotipos de género en el deporte; a convertirse en defensores de otros jóvenes en su pasaje a la edad

adulto; a adaptar la música internacional a las realidades de la vida local; a llevar las nuevas tecnologías de la información a una de las regiones más aisladas de la tierra; a ascender a los niveles más altos de gobierno; a vivir en paz en un territorio en guerra; a escapar del matrimonio infantil y reclamar el derecho a elegir. Al hacer estas cosas, y muchas otras, los jóvenes se transforman a sí mismos y transforman sus culturas.

Los programas de desarrollo deberían apoyar a jóvenes como estos cuando negocian un lugar en su sociedad. Los jóvenes necesitan desarrollar capacidades para adoptar como propia su cultura local: para cambiar lo que les hace daño – prácticas tradicionales perjudiciales tales como la mutilación genital femenina o el matrimonio infantil– y para apoyar lo que los ayuda, como una mejora en la información y los servicios para su salud sexual y reproductiva y la prevención de la violencia contra las mujeres.

Empapadas en una larga tradición, las generaciones mayores pueden resistir estos

cambios. Es necesario que los programas abran un espacio para el diálogo intergeneracional. El enfoque de estos programas debería surgir de una profunda comprensión de la cultura, del respeto por sus modos y del conocimiento de su historia, de sus relaciones de poder, política y economía. Los enfoques con sensibilidad cultural prepararán a los programas de desarrollo para ayudar a que los derechos humanos y la equidad de género sean una realidad en todas las sociedades, y los jóvenes sus más visibles defensores.

Notas

INTRODUCCIÓN

- 1 Margulis, M. y otros. 2003. Juventud, Cultura, Sexualidad. La Dimensión Cultural y la Afectividad y la Sexualidad de los Jóvenes de Buenos Aires. Buenos Aires: Biblos. pp. 13-14.
- 2 <http://esa.un.org/unpp/p2k0data.asp>. Consultado el 23 de septiembre de 2008.
- 3 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing Up Global. The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. Washington, D.C.: National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies – The National Academies Press. p. 49.
- 4 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing Up Global. The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. Washington, D.C.: National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies – The National Academies Press. p. 50.

GRITA

- 1 Population Council. 2005. Letting girls play: Using sport to create safe spaces and build social assets – Promoting healthy, safe and productive transitions to adulthood. Brief N° 1, mayo de 2005.
- 2 Organización Mundial de la Salud. 2003. Health and Development through Physical Activity and Sport. Ginebra: OMS.
- 3 Naciones Unidas. Resolución 58/5: “El deporte como medio de promover la educación, la salud, el desarrollo y la paz”.
- 4 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing Up Global. The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. Washington, D.C.: National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies – The National Academies Press. p. 386.
- 5 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing Up Global. The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. Washington, D.C.: National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies – The National Academies Press. pp. 388-389.
- 6 http://www.rho.org/html/adol_progexamples.htm#kenya-mathare. Consultado el 10 de agosto de 2008.
- 7 Population Council. 2005. Letting girls play: Using sport to create safe spaces and build social assets – Promoting healthy, safe and productive transitions to adulthood. Brief N° 1, mayo de 2005.

DANIEL

- 1 <http://www.mtvnetworks.co.uk/wellbeingstudy>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 2 Lloyd, Cynthia B. ed. 2005. Growing Up Global. The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries. Washington, D.C.: National Research Council and Institute of Medicine of the National Academies – The National Academies Press. p. 19.
- 3 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007: Development and the Next Generation*. Washington, D.C.: Banco Mundial. p. 167.
- 4 http://www.unfpa.org/upload/lib_pub_file/426_filename_CultureMatters_2004.pdf. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 5 <http://www.unfpa.org/news/news.cfm?ID=947>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 8 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. p. 4.
- 9 Naciones Unidas. 2007. *World Youth Report 2007: Young People Transition to Adulthood: Progress and Challenges*. p. xvii.
- 10 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. p. 13.
- 11 Jensen, 2007 en Charles Kenny. 2008. ICT: Promises, Opportunities and Dangers for the Rural Future (19 de febrero de 2008), trabajo para la conferencia “Rural Futures” en Plymouth, Reino Unido, marzo de 2008. Consultado el 9 de agosto de 2008. <http://charleskenny.blogs.com/weblog/2008/02/ict-promises-op.html>. Consultado el 1 de octubre de 2008.

TSEHAY

- 1 www.popcouncil.org/ta/mar.html. Consultado el 24 de septiembre de 2008. www.icrw.org/docs/too_youngtowed_1003.pdf. Consultado el 24 de septiembre de 2008.

JIIGEE

- 1 Keraman y Kenny, 2007 en Halewood y Kenny. 2007. “Young People and ICTs in Developing Countries”, julio de 2007. Consultado el 9 de agosto de 2008. <http://charleskenny.blogs.com/weblog/2007/07/young-people-an.html>.
- 2 Halewood y Kenny. 2007. “Young People and ICTs in Developing Countries”, julio de 2007. Consultado el 9 de agosto de 2008. <http://charleskenny.blogs.com/weblog/2007/07/young-people-an.html>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 3 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007: Development and the Next Generation*. p. 32.
- 4 Halewood y Kenny. 2007. “Young People and ICTs in Developing Countries”, julio de 2007. Consultado el 9 de agosto de 2008. <http://charleskenny.blogs.com/weblog/2007/07/young-people-an.html>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 5 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007*. p. 203.
- 6 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007*. p. 203.
- 7 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005: Young People Today and in 2015*. p. 4.

KIM

- 1 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005: Young People Today and in 2015*. p. 81.
- 2 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. p. 81.
- 3 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. pp. 81-82.
- 4 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. p. 95.
- 5 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. pp. 82-85.
- 6 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. p. 85.
- 7 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. pp. 87-88.
- 8 Naciones Unidas. 2005. *World Youth Report 2005*. p. 98. Consultado el 1 de octubre de 2008.

SEIF

- 1 <http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/EXTDEC/EXTRESEARCH/EXTWDRS/EXTWDR2007/0,,menuPK:1489865-pagePK:64167702-piPK:64167676-theSitePK:1489834,00.html>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 2 http://www.peacestudiesjournal.org.uk/docs/PCD%20ISSUE%2011%20ARTICLE-The%20Unexplored%20Power%20and%20Potential%20of%20Youth%20as%20Peace-Builders_Celina%20Del%20Felice%20and%20Andria%20Wisler.pdf. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 3 PNUD-Naciones Unidas. 2006. Arab Youth Strategising for the Millennium Development Goals. Nueva York: PNUD-RBAS.

- 4 <http://www.un.org/children/conflict/english/machel10.html>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 5 <http://www.un.org/children/conflict/english/machel10.html>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 6 [http://en.wikipedia.org/wiki/United_Network_of_Young_Peacebuilders_\(UNOY\)](http://en.wikipedia.org/wiki/United_Network_of_Young_Peacebuilders_(UNOY)). Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 7 <http://groups.takingitglobal.org/NGPC>. Consultado el 1 de octubre de 2008.
- 8 <http://unesco.takingitglobal.org/themes2005.en.html?theme=together>. Consultado el 1 de octubre de 2008.

LEIRE

- 1 <http://www2.ohchr.org/english/law/crc.htm> Article 12. Consultado el 23 de septiembre de 2008.
- 2 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007: Development and the Next Generation*. Washington, D.C.: Banco Mundial. p. 167.
- 3 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007*. p. 167.
- 4 Banco Mundial. 2006. *World Development Report 2007*.

El UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas, es una agencia de cooperación internacional para el desarrollo que promueve el derecho de cada mujer, hombre y niño a disfrutar de una vida sana, con igualdad de oportunidades para todos. El UNFPA apoya a los países en la utilización de datos sociodemográficos para la formulación de políticas y programas de reducción de la pobreza, y para asegurar que todo embarazo sea deseado, todos los partos sean seguros, todos los jóvenes estén libres de VIH/SIDA y todas las niñas y mujeres sean tratadas con dignidad y respeto.

UNFPA — porque cada persona es importante.



**Fondo de Población de las
Naciones Unidas**
220 East 42nd Street, 23rd Fl.
New York, NY 10017
Estados Unidos de América
www.unfpa.org

978-89714-904-4
S/8.000/2008 No. de venta S.08.III.H.2

 Impreso en papel reciclado.